



SERAFIN
J. GARCIA

LAS
AVENTURAS
DE
JUAN
EL
ZORRO

5AR

7

*A 7 en un
de Irene Silva*
863

SERAFIN J. GARCIA

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

Las aventuras de

Juan El Zorro

(Abreviadas y adaptadas para niños por el autor)

DECIMA EDICION

Carátula e Ilustraciones de Carlos Escobar



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

MONTEVIDEO

227

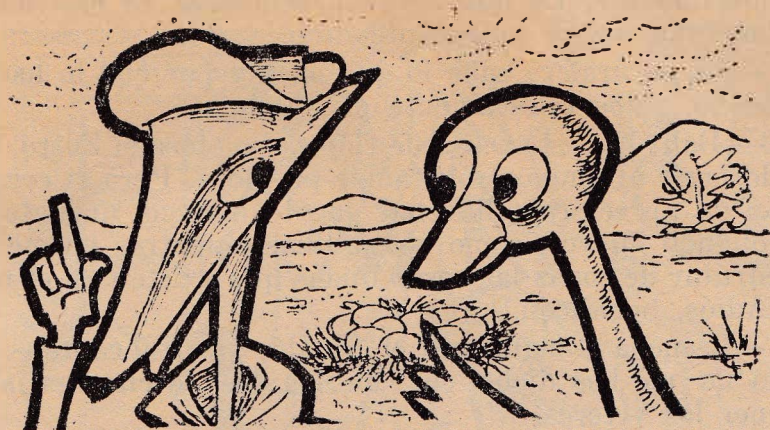
SERAFIN J. GARCIA

Poeta y narrador uruguayo contemporáneo, oriundo del Depto. de Treinta y Tres. Ha publicado numerosos libros, entre los que se destacan "Tacurusés", "Las Aventuras de Juan el Zorro", "Tierra Amarga", "Burbujas" y "Asfalto". Sus poemas y cuentos, inspirados casi siempre en los problemas vitales de nuestros campesinos, han alcanzado vasta popularidad, como así también sus relatos para niños, cuya lectura en escuelas y liceos del país ha sido autorizada por los respectivos Consejos de Enseñanza.

EDICIONES "CIUDADELA"

Printed in Uruguay

Impreso en Uruguay



I - LA PARTIDA

Abrumado por la pobreza, y acicateado a la vez por su natural propensión a la aventura, Juan el Zorro decidió cierto día abandonar el pago natal y salir a correr mundo, en busca de horizontes más propicios.

Como buen criollo que era, trató ante todo de conseguir un flete resistente y veloz. Y con ese fin fue en procura de su viejo e ingenuo amigo el Ñandú, e invitó a compartir la proyectada andanza, no sin habérsela pintado previamente con los tonos más sugestivos y alegres.

El Ñandú, que estaba recién casado y en vías de llegar a padre de numerosa prole —tenía a su cargo un nido con quince huevos, ya a medio incubar—, rechazó en principio la propuesta del Zorro.

—No voy a poder acompañarte, Juan —díjole con su habitual seriedad, mientras su pico diligente ponía orden en los pastos del revuelto nido.— Ya no soy tan zonzo y crédulo como antes. He adquirido experiencia. Y aquí, donde me ves, vivo convertido en un rey, sin necesidad de moverme ni para comer, pues mientras incubo se encarga mi compañera de suministrarme el necesario alimento.

Juan no pareció desanimarse ante aquella negativa, tan rotunda en apariencia.

—También yo te ofrezco la oportunidad de vivir como los reyes —argumentó a su vez—. Y en una forma más dig-

na, ciertamente. La que ahora desempeñas es una misión de hembras, según tengo entendido.

—La naturaleza sabe lo que hace y por qué lo hace —sentenció perogrullescamente el Ñandú.

—¡Bah! Esa es excusa de flojos —mofóse el Zorro, buscando herir al amigo en su amor propio—. Pero si eres incapaz de apreciar la libertad que te ofrezco, quédate ahí empollando huevos, como las gallinas, mientras yo me voy a disfrutar de todas las cosas lindas que existen en el mundo. Adiós, bobalicón.

—Escucha —manifestó el Ñandú, ya titubeante—. Todavía no me has dicho cuál de los dos se encargaría de obtener los víveres.

—Pues cuál habría de ser sino yo, querido amigo. Y recursos para hacerlo me sobran, como bien lo sabes tú. En cambio tu tarea será mucho más simple y liviana. Me servirás de pingo, solamente. Y con lo delgado que estoy, supongo que no te fatigarás cargándome sobre tu vigoroso lomo.

Aunque tentado de veras por la proposición, el Ñandú vacilaba todavía.

—Decídate de una buena vez por todas —apuróle el Zorro. Ahora mismo, si así lo deseas, puedo proporcionarte un hartazgo de moscas gordas, que es tu manjar predilecto. Conozco cierto sitio donde pupula un verdadero enjambre.

Semejante perspectiva acabó con las dudas del Ñandú, que al instante se incorporó, glotón como era, haciendo chasquear la lengua.

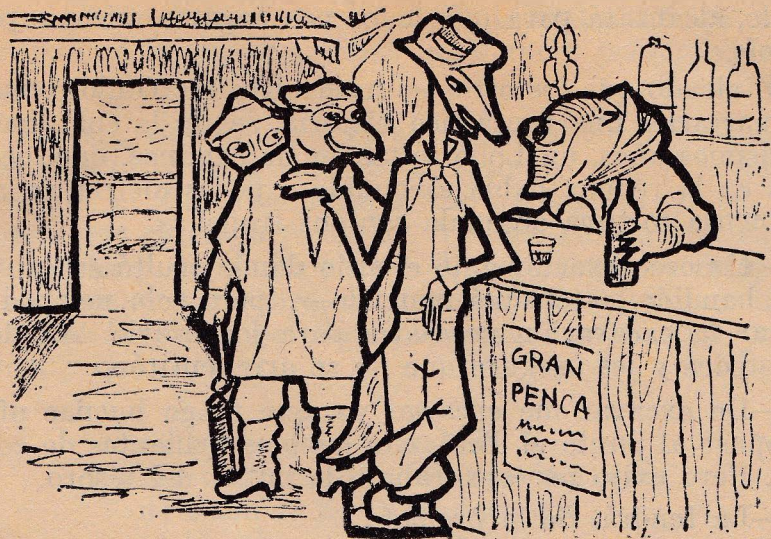
—Te acompañaré, Juancito —prometió resueltamente—. Lo más hermoso que existe en este mundo es la libertad.

—Claro que sí.

—Pues vámonos entonces.

Y no bien estuvo Juan acomodado en su lomo, partió como una exhalación, temeroso de que su consorte pudiera regresar a tiempo para frustrar el viaje, que desde ya empezaba a parecerle tentador y apasionante.

Pocos segundos más tarde, jinete y “pingo” perdíanse de vista detrás de una cuchilla.



II - LA CODICIA ROMPE EL SACO

Jinete en su veloz Ñandú llegó esa misma tarde Juan el Zorro a una pulpería muy bien surtida, que ostentaba en su fachada la siguiente advertencia:

Nadie entre a esta pulpería
sin darse por enterado
que si hay sol vende al contado
y si es de noche no fía.

Platicando amigablemente junto a la reja estaban un Carpincho ya entrado en años y un Carancho joven, mientras que el pulpero, Tatú de largas y afiladas uñas, los escuchaba sin pronunciar palabra.

—Buenas tardes, caballeros —dijo el Zorro, que al instante había urdido un hábil plan—: vengo a invitarlos para

desenterrar un tesoro que hay aquí cerquita. Como es muy grande, alcanzará para que todos nos hagamos ricos repartiéndolo.

Y viendo que los otros se mostraban incrédulos, empezó a narrarles una fantástica historia, según la cual, hacía muchísimos años, un Lobo salteador de caminos, que mero-reaba en la región, había escondido a pocos metros de allí la inmensa fortuna obtenida con sus tropelías.

—Conozco exactamente el sitio donde ocultó su caudal aquel bandido —terminó diciendo—, pero solo no podría realizar la excavación necesaria para localizarlo. Ayúdenme ustedes y les aseguro que no se arrepentirán.

—De excavar me encargo yo, que tengo buenas uñas —propuso al punto el Tatú, con los ojos brillantes de codicia—. Pero exijo por ese trabajo la mitad del tesoro.

—La tendrá. Se lo prometo.

Puestos todos de acuerdo, salieron rumbo al pedregal donde el pícaro Zorro deciera ubicar la imaginaria fortuna.

—Aquí es— afirmó éste señalando el hueco que había entre dos peñascos—. Pero hay que escarbar de prisa a fin de que no nos sorprenda la noche trabajando. Aquel bellaco del Lobo enterró demasiado hondo su platita.

—No importa —repuso el ambicioso Tatú—. Por muy abajo que esté la encontraremos.

Y de inmediato comenzó a escarbar con grandes bríos. Tan rápidamente lo hacía, que no tardó en perderse de vista dentro de la honda cueva que iba abriendo.

Cuando Juan calculó que estaba ya a una profundidad suficiente como para no advertir la maniobra, llamó a su lado a los otros y les dijo en voz baja:

—Ahora ayúdenme ustedes a tapar bien la cueva con esta piedra, caballeros, y vámonos después hasta la pulpera a completarle la bromita a este zonzó viejo, que de sobra se la merece por avaro.

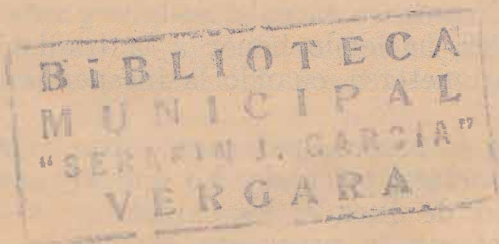
Sonoras risas acogieron la revelación de aquella jugarrera, que ya el ladino Zorro había ido insinuando con oportunos guiños.

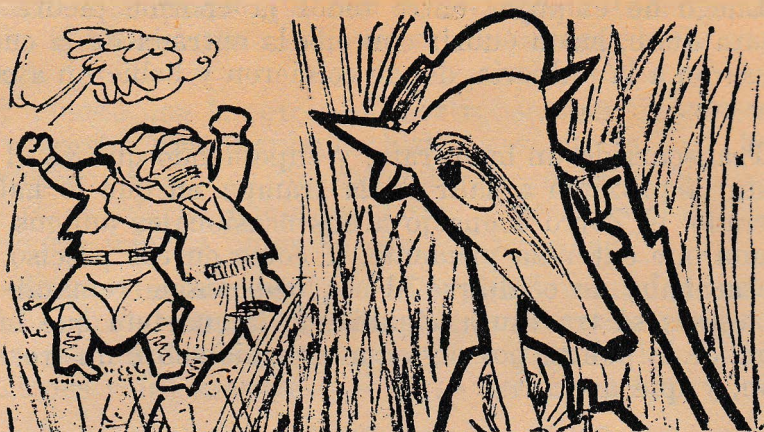
Luego de empujar entre todos la enorme piedra que indicara Juan, hasta cubrir con ella la entrada de la cueva, regresaron a la pulpería, donde comieron y bebieron a cuerpo de rey.

Transcurrido un buen rato, y suponiendo que ya el Tatú estaría próximo a salir de la trampa en que lo habían encerrado, el Zorro aconsejó a sus ocasionales amigos una retirada que entendía prudente. Y como en ese preciso instante acababa de ocultarse el sol, ocurriósele rematar con unos versos su travesura, cambiando la cuarteta que había encima de la puerta por otra que escribió sobre un trozo de cartón, y que decía:

Le aconsejo, sin malicia,
que como no hay sol ni es noche,
de Juan el Zorro el derroche
se lo cobre a Ña Avaricia.

Y luego de esta pesada broma siguió viaje al trote largo de su tragón Ñandú, que con el buche bien lleno y las fuerzas recobradas sentía que el universo entero estaba a merced de sus veloces patas.





III - UN FALLO SALOMONICO

Trotaba cierta mañana Juan el Zorro por la orilla de un espeso monte, cuando llegaron a sus oídos voces airadas que se cruzaban en agria discusión.

Se internó cautelosamente en la maraña y vio a un Gato Montés y a un Perro Cimarrón cambiando entre sí de nuestros de subido tono.

El motivo del altercado era una gorda Pava silvestre que yacía junto a ambos contendores.

—¡Es mía! —chillaba el Gato—. ¡Yo subí hasta la copa del árbol a cazarla y la derribé de un zarpazo!

—¡Pero yo la apresé al caer y por lo tanto me pertenece! —grunía el Perro.

La disputa se tornaba cada vez más violenta y ya los dos rivales, haciendo honor a la tradición, estaban en un tris de acometerse, cuando la inesperada voz del Zorro los contuvo.

—No se enojen, paisanos —dijo Juan—. Estos pleitos no se resuelven peleando. Yo que soy neutral en el asunto les serviré de Juez, si les parece.

Aceptaron la propuesta los otros —convencidos cada uno de ellos de que la razón estaba de su parte—, y entonces el Zorro les aconsejó reconstruir el hecho.

—¿Dónde estaba la Pava? —preguntóles.

—En la copa de aquel tala grande, junto al nido de Espinero que se ve a la derecha —repuso el Gato—. Yo tre-

pé por el tronco, salté después hasta aquella rama, después hasta aquella otra... Eso para mí es un juego, usted comprenderá...

—No dudo de su destreza, amigo. Pero tendrá que repetir la operación.

Herido en su amor propio al suponer que Juan no le creía, el Gato subió en cuatro ágiles brincos a la copa del árbol.

—¿Y usted dónde estaba ubicado cuando cayó el ave? —indagó entonces el Zorro volviéndose hacia el otro cazador.

—Aquí mismo, junto al tronco del tala. Para mí también fue un juego atraparla, porque tengo buena vista y buenos dientes.

—Será como usted dice. Pero repito que un juez tiene que conocer a fondo los hechos para que su sentencia sea justa.

Y dirigiéndose al Gato, le gritó:

—¡Demuéstreme ahora su habilidad, compañero! ¡Tiene que suponer que ese nido de Espinero es la Pava y derribarlo al suelo de un zarpazo, tal como hizo con ella! ¿Comprendido?

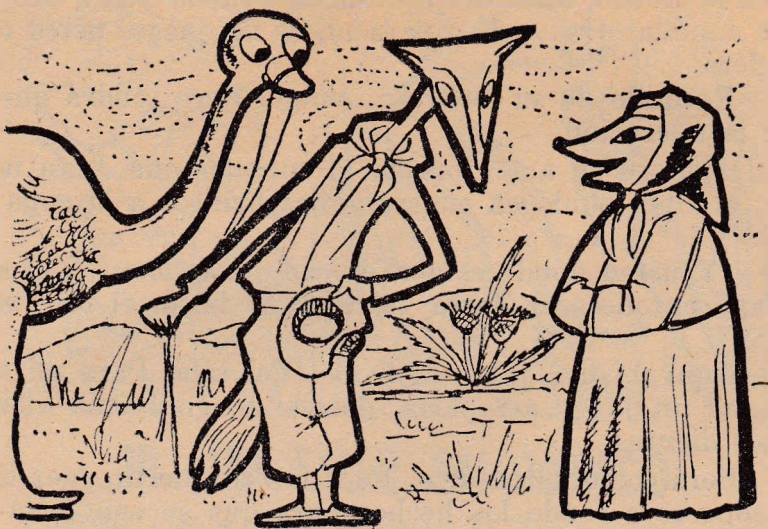
—Sí, señor.

—Y usted prepárese para recibirlo en la boca —agregó Juan dirigiéndose al Cimarrón.

Gato y Perro, sin parar mientes en el riesgo que corrían, se dispusieron a cumplir la prueba dispuesta por el juez. Saltó el felino y dio tan potente manotazo al nido, que las duras espinas de que éste estaba recubierto se le clavaron en la zarpa, arrancándole maullidos de dolor. En ese mismo instante cojió el Zorro un puñado de tierra, y arrojándoselo a los ojos al Perro —que con el hocico en alto y las orejas muy tiesas permanecía inmóvil y en acecho— gritó entre carcajadas estruendosas:

—¡Lo que se caza a medias se reparte, chambones! ¡Aprendan la lección para otra vez!

Y mientras el Gato se lamía la zarpa herida y el Cimarrón se restregaba furiosamente los párpados, desapareció llevándose la Pava, ante el estupor de los chasqueados pleitistas.



IV - LAS GALLINAS DEL AGUILA

Al tranco de su Ñandú iba Juan rumbo al monte aquella tarde, casi a la puesta de sol, cuando le salió al encuentro una gorda Comadreja, cuyo buen aspecto físico hízole suponer que por allí abundaban las callinas.

¿Me permite una palabra, colega? —le preguntó después de saludarlo.

—Todas las que usted guste, señora —repuso el Zorro, siempre amable y cortés.

—Pues entonces escuche: yo conozco un corral donde hay gallinas que se derriten de gordas. Asíciense conmigo, y esta misma noche podremos banquetearnos a gusto. ¿Acepta?

—Ya lo creo. Con el hambre que tengo...

—Perfectamente. ¿Ve aquel coronilla grande que se levanta junto a un pedregal, a la izquierda del camino?

Allí está el gallinero. Apenas oscurezca puede ir tranquilo en busca de las aves, cuya dueña es un Aguila sorda y casi ciega, que ni cuenta se dará de su visita. Mientras tanto yo volveré a mi rancho y haré los preparativos para la comilona. Cuando usted regrese llámeme con un silbido y al punto vendré a buscarlo.

—De acuerdo, socia. Cumpliré al pie de la letra sus indicaciones.

Siguieron conversando sobre distintos temas, hasta que llegó la noche. Entonces la Comadreja se separó de Juan diciéndole.

—Es hora ya de que vaya por las aves. Confío en que sabrá elegirlas bien. Pero por las dudas le advierto que la que duerme junto al Gallo es la más gorda.

—Lo tendré muy en cuenta —repuso el Zorro mientras trotaba rumbo al pedregal, dispuesto a poner en claro las verdaderas intenciones de su astuta “socia”.

A mitad de camino echó pie a tierra y díjole al Ñandú, que lo miraba sin entender una sola palabra de todo aquel enredo:

—Acércate tú al gallinero, picando pastitos para disimular, aunque creo que el Aguila no desconfiará de tí, y fíjate bien en todo lo que veas. Luego vuelves a informarme del resultado de tu investigación, y así sabré a qué atenerme.

Hizo el zancudo lo que se le pedía, y a los pocos minutos regresó con la noticia de que el Aguila, desde su nido ubicado en la copa del árbol, vigilaba atentamente el corral donde dormían sus gallinas.

—Me lo imaginaba —comentó Juan—. Escóndete conmigo detrás de este matorral de pajas, y verás cómo nos divertiremos de lo lindo dentro de un ratito, cuando esa sinvergüenza de la Comadreja, suponiendo que ya el Aguila me ha sacado los ojos a picotazos y se ha ido a dormir tranquilamente, venga en busca del botín.

Así ocurrió, en efecto. Antes de que hubiera transcurrido un cuarto de hora viéronla aparecer a paso firme, segura de su triunfo. Pero no bien se aproximó al corral echósele encima el Aguila, clavándole sus agudas garras y

propinándole una lluvia de fuertes picotazos, mientras chillaba furiosa:

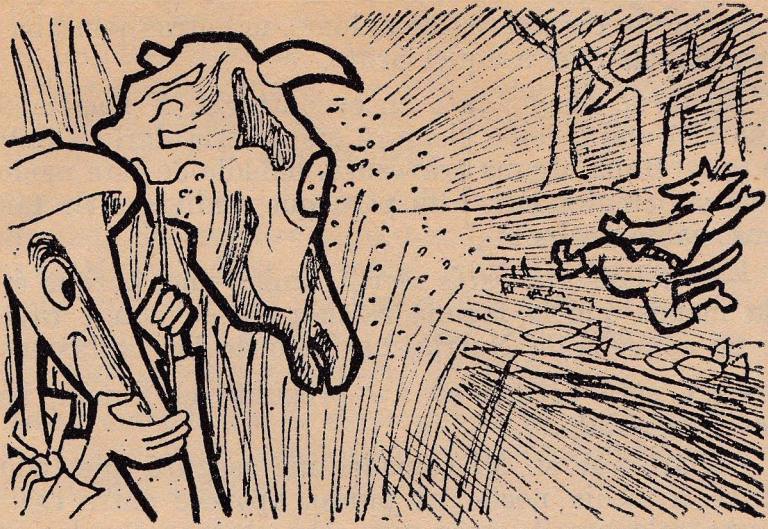
—¿Con que eras tú la ladrona, no? ¡Toma para que aprendas a respetar lo ajeno!

A duras penas logró la Comadreja escapar con vida del difícil trance y retornar, casi a rastras, hasta su madriguera, en tanto Juan y el Ñandú se desternillaban de risa detrás del matorral.

El Zorro esperó que el Aguila se reintegrara a su nido, donde no tardó en dormirse con profundo sueño, convencida de que sus gallinas ya no corrían peligro de ninguna especie. Deslizóse entonces el muy pillo hasta el corral y eligió la mejor yunta de aves, cargando una a cada lado de la maleta que llevaba a los tientos, para emparejar el peso.

Después volvió a montar en su Ñandú, dispuesto a proseguir el viaje. Pero antes de marcharse quiso gastarle una de sus habituales bromas a la derrengada comadreja. Y acercándose a su cueva —que ubicó fácilmente por los quejidos y las blasfemias que de ella brotaban— gritóle riendo a mandíbula batiente:

—¡Tenía razón usted, mi socia, y le agradezco el consejo! ¡La que duerme junto al Gallo es la más gorda!



V - LA LAGUNA ASOMBRADA

Al anochecer de un caluroso día de verano, Juan el Zorro y el Ñandú acamparon a la orilla de una enorme laguna, lisa como un espejo, junto a la cual se alzaba un tupido y extenso pajonal.

Como había mucha tormenta, las tarariras afloraban de continuo a la superficie del agua, dando fuertes coletazos.

—¿Pica, caballero? —preguntó Juan a un Mano Pelada que pescaba allí cerca, con tres o cuatro aparejos, y que ni siquiera se dignó contestarle.

—¿No me prestaría una de sus líneas para probar fortuna? —insistió el Zorro.

—En la pulpería hay muchas —fue la respuesta agria y descortés del otro.

—Le agradezco su indicación —dijo entonces el Zorro sin perder su característico aplomo, mientras pensaba en la forma de castigar a aquel bruto.

No tardó mucho rato en encontrarla. Y haciéndole un guiño al Ñandú, como siempre que quería darle a entender que proyectaba alguna travesura, hablóle de este modo, con voz lo suficientemente alta para que pudiera oírle también el insociable vecino:

—Conviene que estés alerta, amigo mío, porque ésta es nada menos que la laguna asombrada de donde tuvo que irse mi comadre la Nutria, huyendo de los fantasmas.

—¿Y será verdad eso? —preguntó el Ñandú, haciéndose el incrédulo.

—Claro que sí. Mi comadre me aseguró que todos los viernes, a media noche en punto, aparece entre ese pajonal una calavera de vaca que echa chispas por los ojos y muje de una manera tristísima. Y casualmente hoy es viernes...

Observó de soslayo al Mano Pelada, y advirtió que éste escuchaba la conversación con las orejas tensas y un mal disimulado aire de inquietud. Entonces, satisfecho por el éxito que su plan iba obteniendo, añadió:

—Yo voy a dar una vueltita por aquí cerca, a ver si noto algo raro. Pero, de cualquier modo, lo mejor es que nos vayamos antes de la media noche.

Y abandonando el campamento desandó un trecho de camino, hasta dar con la osamenta vacuna que viera esa tardecita, próxima al pajonal. Recogió la cabeza del animal muerto, cuyos huesos estaban ya completamente mondos, y acto seguido se dedicó a atrapar bichitos de luz y a introducirlos en aquel despojo, tapando luego con pasto las aberturas de las cuencas, a fin de que las luciérnagas no pudieran escapar. Hecho esto ocultó la calavera entre un albardón de pajas y regresó muy ufano al campamento, donde continuó narrándole al Ñandú espeluznantes historias de luces malas y de lobisones.

—Ya se acerca la hora peligrosa —dijo por fin, después de escrutar aparatosamente el cielo—. Vámonos antes de que sea demasiado tarde.

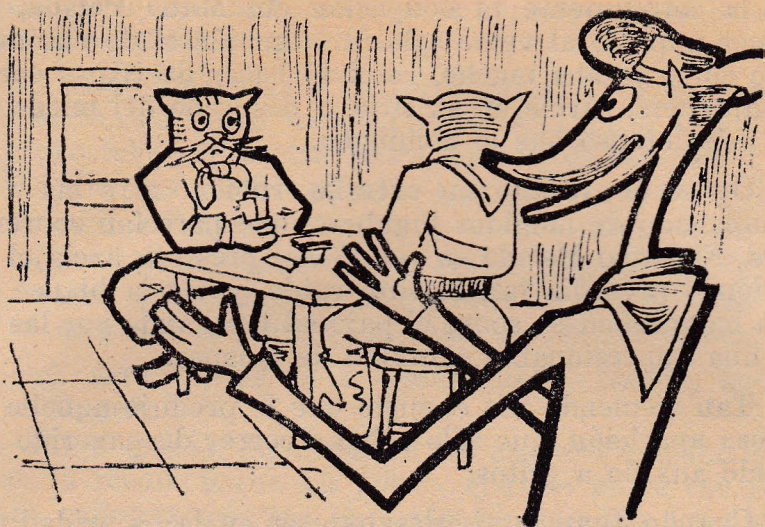
Y recogiendo sus bártulos alejáronse ambos del lugar, con la consiguiente preocupación del Mano Pelada, cuyo primer impulso al verse solo fue también el de marcharse. Pero como picaba mucho, resolvió hacer de tripas corazón y mantenerse firme en su sitio, a despecho del miedo cada vez más intenso que lo dominaba.

Oyóse de pronto un extraño rumor entre las pajas, acompañado de mugidos lúgubres, que parecían sobrenaturales. El Mano Pelada se volvió con presteza hacia el sitio de donde procedía tan insólito ruido, y vio la blanca calavera balanceándose sobre el pajonal y echando por las órbitas una impresionante cantidad de chispas.

Tan tremendo fue el susto que le produjo aquella misteriosa aparición, que sólo atinó a correr despavorido y pidiendo auxilio a gritos.

Cuando Juan lo vio desaparecer en la oscuridad de la noche, arrojó lejos de sí la calavera y el alambre con que la sostenía, y seguido del atónito Ñandú fue a incautarse del botín que abandonara el prófugo.

—Lo tiene bien merecido por grosero y egoísta —dijo mientras guardaba en su maleta peces y anzuelos—. Y ojalá que esta lección le sea más provechosa que las tarariras que no pudo comer.



VI - ENTRA EN ESCENA EL TIGRE

Cansado de andar viviendo a la ventura, con el cinto y el estómago casi siempre vacíos, Juan decidió sentar sus reales en algún pago propicio, donde pudiera obtener sin esfuerzos el pollo de cada día.

Y así, después de larga y afanosa búsqueda, llegó una tarde de noviembre a la estancia del Tigre, compuesta de muchas suertes de campo y atiborrada de hacienda gorda, todo ello adquirido en mala ley, según las mentas.

Por referencias logradas en el contorno, sabía Juan que el Tigre era candidato a gobernante para las próximas elecciones, en oposición al León Bayo, caudillo de fuerte arraigo popular.

No bien el capataz —Cuervo de fuertes garras y pico afiladísimo— lo libró del asedio de la perrada, el Zorro echó pie a tierra y preguntó muy campante:

—¿No está padrino en casa, compañero?

—No sé a quién se refiere —repuso ásperamente el Cuervo—. Pero sepa que aquí es la estancia de don Tigre, el caudillo de más prestigio y el más fuerte hacendado de la comarca. Sin duda está equivocado.

—Nada de eso, amigo mío. Don Tigre es mi padrino y tengo necesidad de hablarle con urgencia. Con su permiso, pues.

Y sin aguardar respuesta abrió Juan la portera que daba acceso al patio de la estancia, ante el asombro del Cuervo, y se encaminó resuelto al cuerpo principal del edificio.

En el espacioso comedor, y mientras esperaba la hora de la cena, el Tigre mataba el tiempo truqueando con algunos de sus más allegados correligionarios.

—¡Bien, padrino! ¡Así se juega! —gritó el Zorro viéndole hacer una baza con el dos de la muestra—. ¡Nunca se debe aflojar!

Tan halagado por el elogio como sorprendido por la intempestiva aparición, el Overo lo miró de hito en hito mientras le preguntaba:

—¿Qué es eso de padrino? ¿Y tú quién eres?

—Su ahijado, nada menos. ¿Será posible que ya no me recuerde? —exclamó Juan tendiéndole los brazos en efusivo gesto. ¡Y pensar que he venido de tan lejos expresamente a verlo y a votar por usted!

Estas últimas palabras parecieron refrescarle como por encanto la memoria al felino.

—¿Pero cómo no te voy a recordar, muchacho? —repuso, aunque estaba enteramente seguro de no haberlo visto nunca—. Tú eres... eres...

—Juan, el hijo de su comadre Juana, y su ahijado, por más señas! —dijo el Zorro, ayudándolo así a salir de aquel aprieto.

—¡Eso es, sí! Juan... Juancito... Ahora recuerdo bien. Si yo mismo te puse el agua bendita cuando el bautizo.

Es que tengo tantísimos ahijados... Pero tú fuiste uno de los pocos que me adopté con verdadero gusto. Creo que hasta sería capaz de recordar la fecha. Me parece que fue el día de San... de San...

—De San Nunca, padrino. Así se lo oí decir a mi madre, la pobre, que en paz descanse.

—¿Qué dices? ¿Murió mi comadre y no me avisaron nada? ¡Muy mal hecho! Me hubieran mandado un chasque! —dijo con tono de reproche el félido.

Hubo un breve silencio de circunstancias que el propio Tigre se encargó de romper inesperadamente, yendo hacia Juan con los brazos abiertos y exclamando, en un tono de efusividad pésimamente fingido:

—¡Tanto tiempo sin verte, mi querido ahijado! ¡Qué gusto me produce volver a darte un abrazo!

Y mientras lo palmeaba de un modo aparatoso preguntó:

—¿Con que entonces es cierto que votarás por mí?

—Por supuesto, padrino. Y traigo un compañero que también lo votará de todo corazón. Es un pobre Ñandú de pocas luces, ¿comprende? Pero como ante las urnas todos valemos lo mismo...

—Naturalmente, muchacho. Por algo vivimos en un país democrático —asintió el Tigre guiñando un ojo a sus cómplices, que también asintieron.

Y a fin de asegurarse bien aquellos dos votitos, que se le presentaban como llovidos del cielo, añadió tendiéndole su tabaquera al Zorro, y empleando al hablarle un tono paternal:

—Fume del mío que es una especialidad. Me lo trajo de contrabando mi compadre Carpincho, aquí presente —el aludido se inclinó, saludando—. Creo que le gustará tanto que vivirá pidiéndome cigarros, para lo que desde ahora queda autorizado.

Aceptó Juan el convite. Y mientras golpeaba el eslabón y la piedra para procurarse fuego, dijo con acento solemne, recalcando cada palabra deliberadamente:

—Ahora le pediré un gran favor, mi querido padrino, si no le parece mucha pretensión de mi parte. Quisiera que me nombrase su ayudante el día de las elecciones. Sería un honor grandísimo para este modesto pero consecuente correligionario.

—Pues desde ya queda hecho el nombramiento —accedió el Tigre, halagada su vanidad por las palabras de Juan. Puede, si gusta, quedarse a vivir en esta casa, que es la suya, ahijado. Dígale al capataz, de mi parte, que le proporcione un buen cuarto para usted y su compañero. Y por ahora, llévase estas moneditas para los vicios...

Así diciendo, sacó del cinto un par de libras esterlinas y se las tendió entre zalameras sonrisas, mientras agregaba:

—Bueno, nosotros vamos a seguir truqueando. Supongo que usted también ahijado, tendrá deseos de salir a divertirse un rato por ahí...

—Hasta luego, entonces.

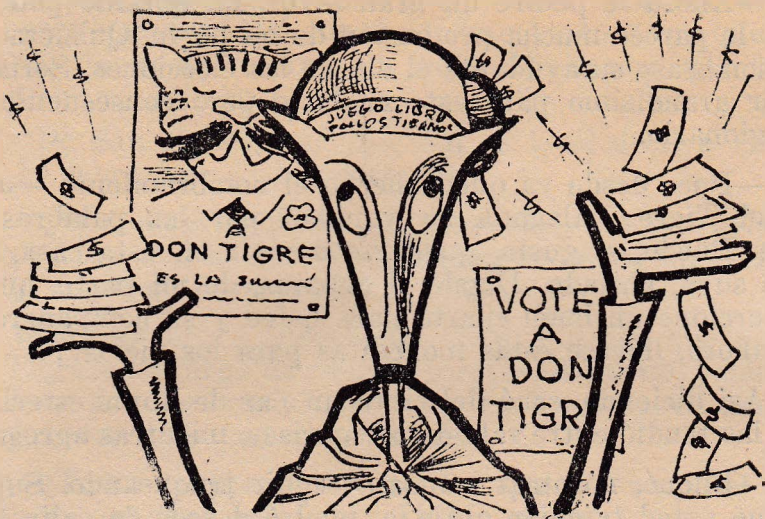
—Hasta luego.

Mientras se alejaba, Juan examinó las monedas con que su improvisado protector lo obsequiara.

—Están algo enmohecidas —se dijo—. ¡Quién sabe cuánto tiempo las habrá tenido en el cinto ese tacaño viejo! Pero eso es lo de menos, porque a plata de caudillo no se le mira el brillo.

Y luego, acariciándose como de costumbre el hocico, añadió:

—¡Lo que son las cosas! Hasta hace un momento yo no tenía ni en qué caerme muerto. Y ahora tengo casa, plata, tabaco y padrino fresco. Decía el finado mi abuelo, timbero de oficio y de alma, que no existe en el mundo otra madre como la baraja. Pero yo creo que es mucho mejor madre la política, sobre todo cuando se aproxima la fecha de las elecciones.



VII - LAS ELECCIONES

Llegado el día del acto comicial, se vio desde muy temprano a Juan galopar de un lado a otro en inusitado despliegue de actividad, reuniendo a los tigristas rezagados para transportarlos al campamento, arengando con palabra fogosa a los apáticos, poniéndole a cada uno en el bolsillo la correspondiente hoja de votación, repartiendo consejos, pesos y abrazos con una prodigalidad sorprendente.

—¡Gaucho lindo! —comentaban entusiasmados los demás animales al verlo pasar risueño, erguido sobre los enormes estribos de campana, luciendo flamantes botas e impecable chiripá de apala, tendida a la espalda la golilla de seda, y en el sombrero una divisa bordada en oro, que ostentaba esta expresiva leyenda: “Juego libre y pollos tiernos”.

No bien estuvo habilitada la Mesa Receptora —que integraban el Burro, el Carnero y el Chajá—, Juan se consagró al acarreo de votantes. Desde el conservador Peludo hasta el Tordo liberal y andariego, desde el Loro charlatán e insípido hasta el cazurro y silencioso Lagarto, todos acudían contentos —con alguna pilcha nueva en el cuerpo y algunos patacones en el tirador— a sufragar por “Padrino Tigre”, como decía sonriendo ambiguamente el Zorro, entre refrán y refrán de su inagotable repertorio.

El delegado tigrista —un Lobo de mirar avieso y aire provocativo—, se componía burlescamente el pecho, mientras que el leombayista —Toro de palabra torpe pero de elocuentes cuernos— no salía de su asombro al ver votar tantos adversarios en una elección que, según cálculos previos, debía ganar por amplio margen el partido cuya representación investía.

—A esta carrera la ganamos con luz, mi querido correligionario y amigo —decía Juan al Lobo, palmeándolo familiarmente. Es una fija para el partido del pueblo. ¡Viva don Tigre, y el que no quiera que emigre!

—Parece que se han acabado los leombayistas del pago —decía en tono quedo el Burro a sus compañeros de Mesa.

—Sí... no... Sí... no... —murmuraba ambiguamente el Carnero, cuidando de no comprometer opinión, pues era de los que quieren estar bien con Dios y con el Diablo.

El Chajá, por su parte, siempre desconfiado, no hacía sino esponjar el plumaje y repetir, sentencioso:

—Mal bicho el Zorro... Mal bicho... Nunca se sabe qué intenciones tiene.

De tanto en tanto, dábase Juan una vueltita por el campamento, donde el Tigre, rodeado de su plana mayor, celebraba anticipadamente el triunfo comiendo y bebiendo a cuerpo de rey.

—El asunto marcha lindo, padrino —decíale entre guiños de connivencia. Pero hace falta más platita para cumplir con los correligionarios pobres. Dicen que don León está castigando el cinto sin lástima. Si nos descuidamos, puede darnos el escrutinio alguna sorpresa ingrata, ¿no le parece?

¡Claro que sí, ahijado. ¿Cuánto necesita?

—Tal vez me arregle con cuarenta patacones. A ver... Una bombacha para el Terutero... un recado para el Zorrillo... un par de espuelas para el Hurón... una barrica de yerba para el Tucutuco... un acordeón para el Mangan-gá Picazo... En fin, muchísimas cosas. Creo que el gasto ascenderá fácilmente a los cincuenta pesos. En tiempo de elecciones los pulperos se aprovechan y lo encarecen todo... usted bien sabe...

—Sírvase y no se preocupe, ayudante. El dinero es lo de menos. Lo que importa es derrotar al adversario, cueste lo que cueste.

Y así diciendo el Tigre sacaba de su bien repleto cinto la cantidad pedida y se la alcanzaba a su "ahijado". Juan guardaba el dinero afectando indiferencia, aflojábale de nueva rienda a su Ñandú —que bien alimentado ahora corría hasta por gusto—, y se alejaba cantando a voz en cuello un versito improvisado para la ocasión:

A don Tigre, mi padrino,
no le gana esta elección
ni el caudillo más ladino
aunque se llame León.

Oyéndole, el Tigre reía a mandíbula batiente, poniendo en descubierto al hacerlo sus agudos y poderosos colmillos.

—¡Qué ingenioso es mi ahijado! —exclamaba entre carcajada y carcajada. ¡Y hasta me ha salido medio payador! El León bramará de rabia cuando oiga el versito de este cachafaz. ¡Juá, juá, juá!...

Al cabo de un rato repetía-se la visita del Zorro. Y otro montón de pesos abandonaba el cinto del Overo, cada vez más contento y más borracho.

Pero cuando, a la puesta del sol, se clausuró la Mesa Receptora y comenzó el escrutinio, en presencia de los respectivos delegados partidarios, Juan desapareció del campamento tigrista como por arte de magia.

El recuento de los votos emitidos reveló la causa de su actitud. En casi todos los sobres, dentro de la lista del

Tigre —cuidadosamente plegada en cuatro dobleces— estaba también la contraria, lo que determinaba la anulación del sufragio correspondiente. Y fue así como el partido Leombayista, pese al reducido número de sus votantes, obtuvo un indiscutible triunfo.

—¿No les decía yo? ¡Mal bicho el Zorro! —exclamaba satisfecho el Chajá, ante la confirmación de sus sospechas, mientras el Lobo, iracundo, hacía rechinar de continuo sus filosos dientes.

Cuando el Tigre se enteró de la trampa que había hecho Juan, mandó ensillar su Venado “Refucilo” y salió a buscarlo con la intención de hacerlo picadillo.

Pero en vano recorrió pajonales y montes, rugiendo de coraje y echándole tremendas maldiciones al prófugo, que escondido en la casa del mismísimo León Bayo, saboreaba un gordísimo pollo “al natural”, festejando de tal modo la victoria alcanzada gracias a su ingenio.



VIII - EL CICLON

Para ocultarse del Tigre, convertido después de aquellas memorables elecciones en su implacable enemigo, Juan el Zorro había construido una pequeña choza en el corazón del monte.

Y tal vez el felino no hubiera descubierto nunca tan secreto refugio, de no mediar la delación del Loro, preguntón y chismoso incorregible, que una vez enterado de su ubicación se apresuró a comunicársela, y hasta se ofreció para servirle de guía.

Precedido por el pájaro soplón, que volaba de un árbol a otro dándole las indicaciones del caso, deslizóse sigilosamente el Tigre por entre la espesura hasta aproximarse a la vivienda de Juan.

Este, que tenía el oído muy fino, logró oír el cuchicheo del Loro y se dio cuenta al punto del peligro que estaba corriendo. Su primer impulso fue escapar a toda prisa de allí. Pero el fuerte viento que soplaba a la sazón y los espesos nubarrones pardos que habían comenzado a encapotar el cielo, hiciéronle cambiar de idea.

Entonces llamó al Ñandú, su viejo compañero de aventuras, que andaba picoteando en torno de la choza, y le pidió que trajera un maneador y lo atara contra el tronco de un grueso coronilla.

Sin sospechar ni remotamente lo que Juan se proponía, pero obediente como de costumbre, cumplió el zancudo la orden recibida.

—Ahora escóndete sin pérdida de tiempo —díjole el Zorro—, pues viene muy cerca el Tigre y si te encuentra aquí no contarás el cuento.

Apenas había desaparecido el Ñandú cuando hizo irrupción en el lugar el Overo, que empuñaba un pesado rebenque de domador y echaba chispas verdes por los ojos.

—¡Aquí vengo a ajustarte las cuentas! —rugió abalanzándose hacia Juan.

Pero éste, simulando no haberse apercebido siquiera de su llegada, escudriñaba con ojos de espanto el encapotado cielo mientras que sus orejas, muy tiesas, escuchaban el zumbido del viento entre los árboles.

Volvió a rugir el felino, levantado el rebenque, y recién entonces pareció advertir el Zorro su presencia.

—¿Qué anda haciendo, don Tigre ? —inquirió fingiendo gran asombro —¿No se da cuenta de que se nos viene encima un ciclón bárbaro? Si no se amarra bien a un árbol, como hice yo, su vida corre peligro.

Amedrentado por el tono de Juan, el Overo observó a su vez el cielo y escuchó el rumor del viento, que al agitar las ramas parecía más fuerte de lo que realmente era.

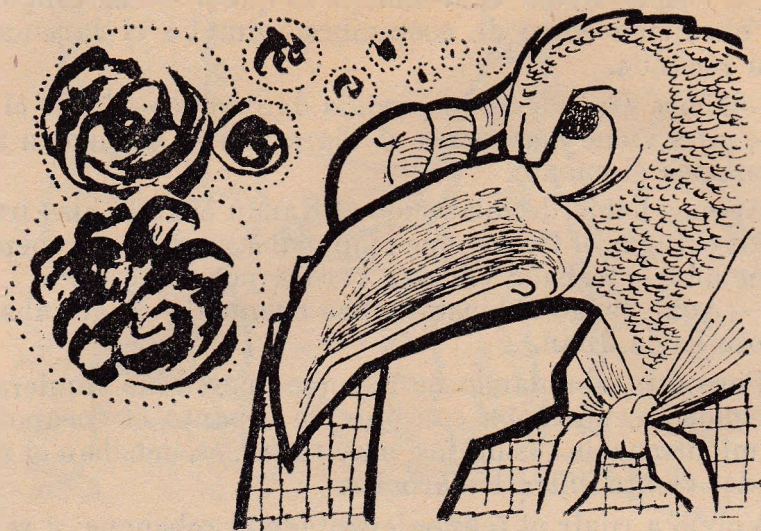
—¡Tienes razón —gritó empavorecido. ¿Pero cómo y con qué me ato?

—Quítame a mí las ligaduras que yo me encargo de eso.

—Lo creo. Tú siempre fuiste muy habilidoso...

Y sin pérdida de tiempo libró el Tigre a Juan de sus amarras y abrazóse al coronilla, con el fin de ser atado a su vez. El Zorro lo sujetó al árbol con varias vueltas de maneador, y cuando estuvo bien seguro de que no podía zafarse se apoderó del rebenque y propinóle una soberana paliza mientras le decía:

—Perdóneme que me haya valido de una treta para estropearle ese precioso cuero con su propio rebenque. Pero créame que lo hago para su bien, don Tigre. Porque a usted le hacía falta una sobita como la que tengo el honor de estarle dando.



IX - POR HACERLE CASO AL CUERVO

Cansado de perseguir en vano a Juan el Zorro, su tan odiado enemigo, resolvió cierto día el Tigre pedir consejo al Cuervo, a quien el pago entero consideraba un animal inteligente y astuto.

El pajarraco le solicitó un plazo de tres días para meditar al respecto, y vencido éste apareció muy orondo, proponiéndole una celada en la que, a su juicio, habría de caer indefectiblemente Juan.

—Yo le aseguro, don Tigre —dijo mientras esponjaba el plumaje y echaba el buche hacia adelante con aire de suficiencia—, que esta vez ese Zorro engreído no se nos escapa ni aunque haga pacto con el mismísimo Diablo.

Sacó de su bolsillo el yesquero, dio fuego al pucho que llevaba atravesado en el pico, y luego continuó:

—Usted sabe que todo bicho viviente tiene su lado flaco, aunque no siempre es fácil dar con él. Pero el del Zorro es archiconocido, pues nadie ignora que cuando ese cachafaz olfatea gallinas gordas pierde por completo el tino y la prudencia que lo caracterizan.

—Así es —aprobó el Tigre, sin imaginarse adónde iría a parar su consejero.

—Entonces aprovecharemos su debilidad para atraparlo. Escuche.

Y tras estas palabras, el pajarraco expuso con lujo de detalles aquel plan del que tan orgulloso se sentía.

—¡Te felicito, Retinto! —exclamó lleno de alborozo el Tigre luego de haberle oído—. Sabes más que un almanaque. Para serte franco, te diré que no creía que en ese saco hubiera chicharrones.

—Y... algo se aprende si hay entendederas —comparó el Cuervo, mientras volvía a encender el apagado pucho.

Días más tarde, todos los animales del pago estaban enterados de la insólita novedad, cuya propalación, naturalmente, fue encomendada al Loro: un viejo Lagarto ricachón y maniático había tenido la peregrina idea de instalar un criadero de aves en pleno monte, a fin de que no le faltara su alimento favorito, que eran los huevos crudos. Y como no mezquinaba el trigo ni el maíz, sus gallinas se habían puesto gordísimas. Lástima grande que cualquier noche se las robarían la Comadreja o el Gato Montés, valiéndose de que el Lagarto tenía un sueño pesadísimo...

—¡Hum! —reflexionó Juan cuando supo la noticia—.

Con lo haragán que es todo Lagarto y lo fácil que resulta ir por huevos a corral ajeno, este asunto del gallinero en el monte me huele a trampa.

Y, ya con la pulga en la oreja, mandó llamar a su alarife amigo el Terutero y le pidió que averiguase la verdad del caso.

No tardó el emisario en volver con amplia información. Al gallinero lo había mandado construir el Tigre, quien pa-

saba las noches rondando en sus inmediaciones a la espera de que él, Juan, cayera en la tentación de ir por las aves.

—Pues por ellas iré —dijo sonriendo el Zorro.

Y fue esa misma noche, aunque no al sitio donde acechaba el Overo, claro está, sino al gallinero de la propia estancia de éste, de la que hizo alejar previamente a la cerrada con una falsa alarma, lanzándola campo afuera en persecución de su veloz Ñandú, que para jugarretas de esa clase se pintaba solo.

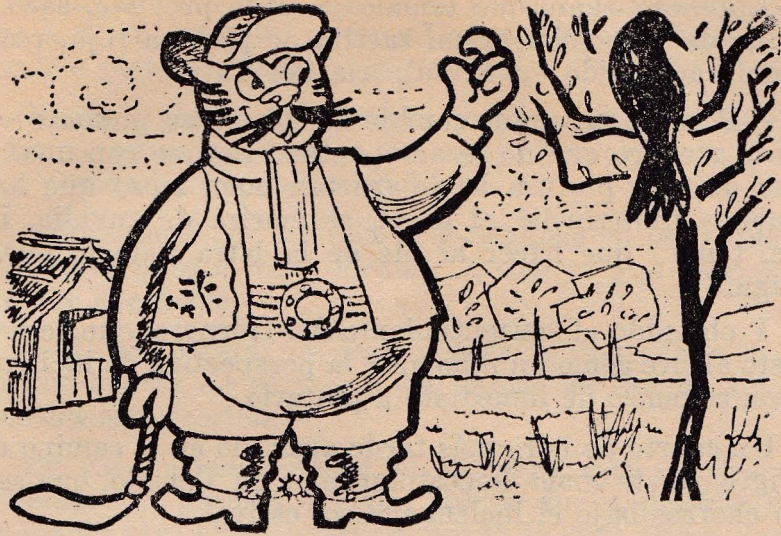
Al día siguiente, cuando cansado de su inútil ronda volvió el Tigre del monte, encontróse con la desagradable sorpresa de que en su corral no quedaba sino un Gallo flaco, atado al cuello del cual había dejado Juan este billete:

“Apreciado don Tigre:

Me llevo estas aves porque para usted solo es demasiado trabajo cuidar dos gallineros. Pero le dejo este Gallo viejo para que se prepare un buen caldo, que sin duda le devolverá las energías gastadas en tantas noches de ronda, y que acaso hasta consiga aclararle un poco la inteligencia, cosa que, a mi modesto entender, le anda haciendo mucha falta.

Reciba un afectuoso abrazo de

JUAN EL ZORRO”.



X - UN PAJARO NUNCA VISTO

Perseguido muy de cerca por el Tigre, llegó una mañana Juan el Zorro al rancho del Hornero, quien dióle la bienvenida con cordiales palabras, mientras se arreglaba los pliegues del ponchito marrón que siempre llevaba puesto.

Y en tanto el mate amargo iba del uno al otro, como queriendo afianzar aún más la sólida amistad que los unía, Juan enteró al dueño de casa de que el Overo venía siguiéndole el rastro y no había de tardar ya mucho rato en presentarse allí.

—Si usted me ayuda le daremos una buena lección —terminó diciendo. Y de paso nos divertiremos un poco. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto. Hable que soy todo oídos —respondió el Hornero.

Entonces Juan, que tenía ya todo previsto, sacó del bolsillo de su bombacha un tarrito de pintura roja, recientemente adquirido en la pulpería del Tatú.

—Permítame que le cambie de color a su plumaje —dijo y le aseguro que no se arrepentirá. Porque con una sola mano de esta pintura lo dejaré tan buen mozo que hasta el mismo Churrinche, si lo ve, se morirá de envidia. Después, tendrá que hacer al pie de la letra todo lo que yo le diga.

Y obtenido el consentimiento del Hornero, que se había puesto alegre como un niño ante la perspectiva de lucir ropa nueva, comenzó de inmediato a pintarlo.

Un cuarto de hora más tarde apareció en el camino real el Tigre, jinete como de costumbre en su Venado, que sudaba a chorros bajo el inclemente sol estival.

—¡Por fin te tengo en mi poder, bandido! —gritó al divisar a Juan bajo la sombra de un frondoso coronilla.

Y echando pie a tierra enderezó rápidamente hacia él, con el rebenque en alto.

Pero el Zorro, haciéndole señas para que se callara y señalando una rama del árbol, díjole a media voz:

—¡Silencio, don Tigre, por favor, que se me va a escapar este pájaro precioso si usted sigue gritando!

El felino miró en la dirección indicada y no pudo contener una exclamación de asombro al divisar al Hornero, que con la pintura fresca resplandeciendo al sol y la cabeza metida bajo el ala, fingía dormir con sueño profundo entre el ramaje del árbol.

—Hace horas que estoy esperando que alguien me ayude a cazarlo —añadió Juan. Se ve que es un ave delicada y si la llevo en la mano puede morir. Quédese usted aquí mientras yo corro hasta la pulpería en busca de una jaula.

—Bueno —respondió el Tigre, que ya se consideraba dueño del hermoso pájaro.

—Lo malo es que no tengo plata, ¿sabe?

—Pues toma y date prisa, sinvergüenza.

Y el Overo alcanzó a Juan un par de patacones que éste puso a buen recaudo, montando luego en su Ñandú y cerrándole piernas rumbo a la pulpería.

No bien quedó solo el tigre, y tal como había supuesto el Zorro, quiso apoderarse del ave, aprovechando que estaba posada sobre una rama baja.

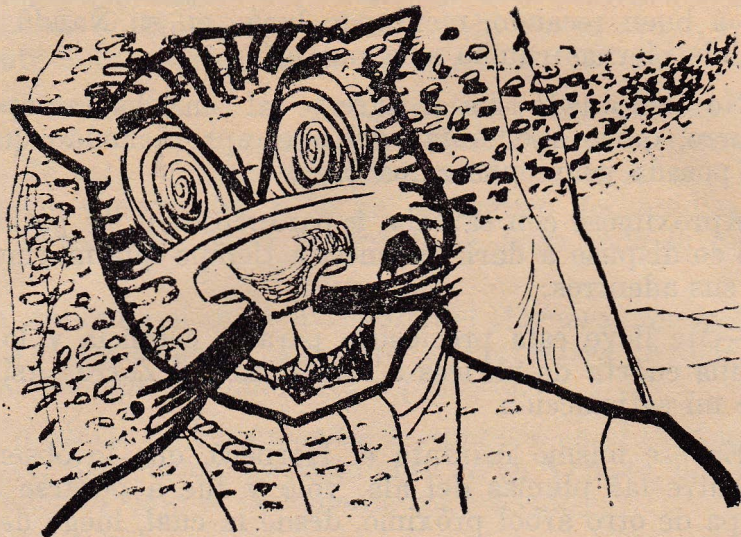
Aproximóse con cautela, y parándose en las patas traseras se dispuso a darle alcance, a tiempo que murmuraba para sus adentros:

—Me llevo esta preciosura para la estancia y lo dejo con una cuarta de narices a ese zonzos del Zorro. Así será doble mi satisfacción.

En ese mismo instante el Hornero, que lo observaba por entre las plumas del ala, voló y fue a posarse sobre la copa de otro árbol próximo, desde la cual, luego de emitir su inconfundible grito a fin de que el felino lo reconociera, púsose a canturrear entre risotadas este versito burlesco que le enseñara Juan:

Hay muchos bichos zonzos
en este mundo;
pero como don Tigre
tal vez ninguno.

Entonces el Overo, comprendiendo que había sido chasqueado una vez más, saltó sobre su Venado y emprendió una frenética carrera hacia la pulpería, con la vana esperanza de encontrar al Zorro, que, previsor como era, ya había tomado un rumbo bien distinto.



XI - LA PIEDRA INCLINADA

En busca de Juan el Zorro andaba el Tigre de la mañana a la noche, ansioso por vengarse de la jugarreta que aquél le hiciera en complicidad con el Hornero.

Hasta que cierta tarde, mientras daba agua al “pingo” en un arroyo, sintió que le chistaban desde la orilla opuesta. Miró hacia allá y vio una Culebra enorme, de las llamadas parejeras, que con la cabeza en alto hacía señas para que se aproximara. Entonces, picando espuelas, vadeó el arroyo y se acercó a la Víbora, que luego de exigirle crecida recompensa y absoluta reserva, condújole hasta un abrupto pedregal, donde alzaban su copa algunos talas.

—Entre esas piedras está el Zorro comiendo una lechiguana —le susurró al oído. Ciérrele la única salida, que es por este lado, y lo tendrá al alcance de su talero. Pero

a los panales déjemelos para mí. Se los venderé a mi compadre el Lagarto, que es loco por la miel.

—Son suyos desde ya —repuso el Tigre, cuyos verdes ojos relampagueaban de gozo ante la perspectiva de una venganza tanto tiempo esperada.

Y se deslizó con gran cautela hacia el pedregal, relamiéndose los bigotes en un gesto de sádica voluptuosidad.

Untado de miel hasta los ojos, Juan saboreaba golosamente los panales de la gordísima lechiguana, que acababa de despedazar aprovechando la ausencia de las avispas, las cuales, imprevisoras en extremo, habíanse ido todas a la fiesta que ofrecían sus vecinas y primas las abejas, celebrando la coronación de la reina.

El ruido de una ramita seca al quebrarse hizo parar las orejas al siempre desconfiado Zorro, que abandonando el manjar atisbó por entre los intersticios de las piedras y alcanzó a su vez a su mortal enemigo, ya a punto de cerrarle el paso.

—¡Maldición! ¡Me he dejado embretar como una oveja! —murmuró. ¿Y ahora cómo me las arreglaré para escaparme con los huesos sanos

Pero apenas formulada la pregunta, ya su fértil ingenio había encontrado la ansiada solución. Y cuando el Tigre saltó sobre él, babeándose de contento y con el rebenque en alto, hubo de detenerse sorprendido al verlo forcejear, entre fuertes resoplidos, contra una enorme piedra, que a juzgar por su posición parecía que estuviera a punto de caer.

—¡Ayúdeme pronto por favor, don Tigre, pues de un momento a otro esta maldita piedra se nos viene encima y nos aplasta! —gritó con tal acento de desesperación, que el Overo no pudo menos que creerle.

Echó éste una rápida ojeada a la roca, comprobó que estaba, en efecto, peligrosamente inclinada, y con instintivo impulso púsose a forcejear él también, procurando sostenerla.

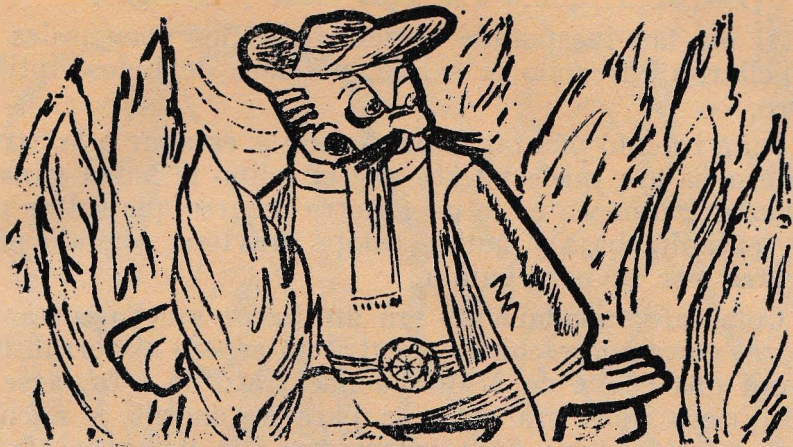
—¡Trate de sujetarla un momentito usted solo, mientras yo busco un palo que nos sirva para apuntalarla!

añadió el Zorro, simulando jadear, y con la lengua fuera de la boca. ¡Pero no afloje! ¡Mire que pesa mucho!

Asustado de veras, el Tigre clavó las garras en el suelo y se afirmó con todas sus fuerzas contra la roca. Mientras tanto Juan corrió hacia su Ñandú, que andaba picoteando insectos por allí cerca para entretener el buche, y montando sobre él de un salto partió a toda carrera rumbo a la colmena donde tenía lugar la fiesta, y comunicó a las avispas visitantes que el Overo acababa de robarles la miel de sus panales.

No bien recibieron ellas semejante noticia, reuniéronse en son de guerra y regresaron al pedregal con vuelo rapidísimo, ya listo el aguijón, y zumbando de un modo amenazante.

Apenas llegaron y vieron los panales rotos, diseminados por el suelo, abalanzáronse todas sobre el Tigre, que continuaba sujetando sin desmayos la roca, y empezaron a picarlo en las orejas, el hocico, los ojos, hasta obligarlo a salir como alma que lleva el Diablo y sumergirse de cabeza en el arroyo —no obstante su miedo al agua—, a fin de librarse así de aquel terrible suplicio.



XII - DE LOS YUYOS A LA COLA

Cada una de las victorias obtenidas en su constante lucha contra el Tigre, aumentaba la popularidad y el prestigio de que gozaba Juan el Zorro en el pago.

Ello determinó que un buen día el vecindario, ávido por demostrarle a nuestro héroe su admiración y solidaridad, resolviera organizar una comida en su honor.

Logrado el consentimiento del Zorro —que impuso como única condición la de que no habrían de faltar en el menú los pollos “al natural”, su plato predilecto—, y realizados los preparativos del caso, reuniéronse los comensales en la pulpería el domingo fijado para el banquete, dispuestos a darle gusto al paladar con los sabrosos manjares que, como sólo él sabía hacerlo, preparaba el diligente Tatú.

Sentado a la cabecera de la bien servida mesa, y teniendo a ambos lados al Lagarto y al Carancho —iniciadores del homenaje—, Juan no cesaba un instante de masticar con ostensible fruición. Y entre bocado y bocado, prodigábase generosamente su ingenio en anécdotas y cuchufletas graciosísimas, que mantenían al auditorio en continua hilaridad.

Pero hete aquí que cuando estaban los concurrentes en lo mejor de la sobremesa —brindis va y payada viene— se presentó en la puerta el Ñandú, a quien Juan había apostado como centinela en los alrededores de la pulpería y gritó muy asustado.

—¡Disparen pronto que aquí viene don Tigre!

Al oír tan inesperada noticia todos los comensales se atropellaron buscando la salida, poseídos de indescriptible pánico.

Juan intentó montar en su Ñandú y escapar a la carrera. Pero ya era tarde puesto que el felino le había ganado la puerta. Entonces no le quedó otro recurso que saltar por una ventanita baja y huir a campo traviesa, seguido muy de cerca por su perseguidor.

Como afortunadamente era un día de mucha cerrazón, el Zorro consiguió esconderse entre un espeso matorral. Había allí una cueva de Mulita donde trató de refugiarse al punto; pero como era estrecha para su cuerpo, y además poco profunda, tuvo que conformarse con dejar de afuera el rabo.

Llego de inmediato el Tigre y tras una breve vacilación, debida a que la cola de su enemigo tenía gran semejanza con aquellos yuyos, se la aferró con fuerza mientras gritaba:

—¡Ahora no te me escaparás, bandido!

Juan, viéndose ya a merced del sanguinario Overo, apeló entonces al único recurso de que podía disponer. Sobreponiéndose al tremendo miedo que le paralizaba la lengua, lanzó una carcajada y respondió:

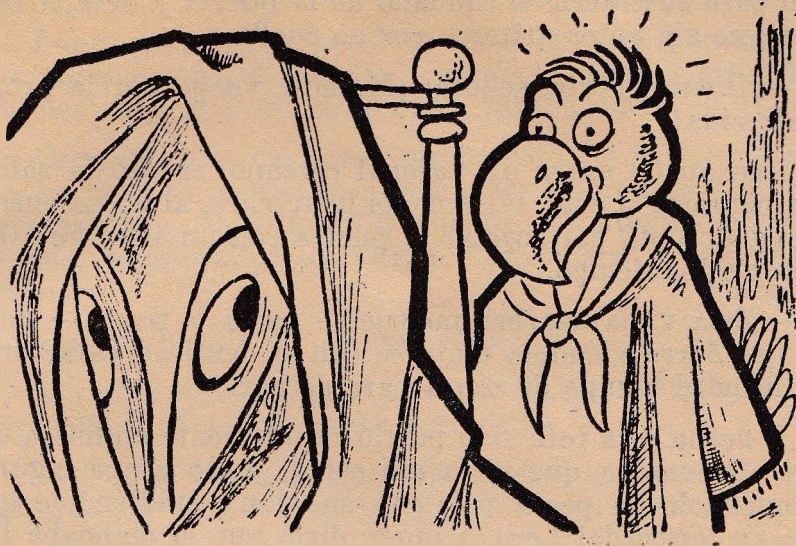
—¡Si será zonzo, don Tigre! ¡Se ha prendido de un yuyo creyendo que es mi cola!

Desconcertado y furioso por la imprevista burla, soltó el felino su presa y comenzó a tironear de una planta. Entonces Juan, riéndose nuevamente, le volvió a gritar:

—¡Ahora soltó mi cola para agarrar un yuyo! ¡Já! ¡Já! ¡Já!...

Y así lo tuvo un buen rato, confundiéndolo y enardeciéndolo cada vez más con sus chanzas, hasta que al fin el iracundo Tigre, víctima de su impotencia, sufrió un terrible ataque de nervios y empezó a revolcarse por el suelo, echando espumarajos de rabia y rugiendo de un modo aterrador.

Ni corto ni perezoso, el Zorro aprovechó tan favorable coyuntura para abandonar su escondite. Y llamando con un silbido al Ñandú, que no tardó en presentarse, saltó sobre su lomo y partió a la carrera rumbo al monte.



XIII - LO QUE EN ESTE MUNDO SE HACE ...

Luego de urdir un ingenioso plan con el propósito de castigar al Loro, que muchas veces habíale perjudicado con delaciones y chismes, Juan el Zorro se encaminó al rancho de la Tortuga, vieja rica y avara que no perdía ocasión de hacer buenos negocios.

—Vengo a proporcionarle la mejor oportunidad de su vida, señora —díjole el muy ladino. Don Tigre, que anda muy mal de dinero, quiere vender su estancia a cualquier precio, con tal de que sea al contado. No pierda esa pichincha.

—Claro que no, muchacho. Salgo para allá en seguida. Y te prometo darte una propina magnífica si el caso es como me lo pintas.

Así diciendo, la Tortuga entró a su covacha en busca de un rebozo, pues hacía mucho frío, ocasión que aprovechó

Juan para sustraerle el candado de la puerta y desaparecer con él, no sin antes gritar a voz en cuello:

—¡Buena suerte, señora! ¡Mañana vengo por la propina ofrecida!

Agazapado entre un pajonal cercano, esperó la salida de la usurera, la cual, tal como él imaginara, al no encontrar el candado optó por sujetar la puerta con un alambre a fin de no perder tiempo.

—Esta vieja usurera no vuelve hasta la noche —murmuró el Zorro viéndola alejarse con su lentitud característica. Tendré tiempo de sobra para actuar.

Y hecha esta reflexión partió rápidamente en busca del Martín Pescador, que vivía allí cerca, junto a una laguna, exponiéndole en pocas palabras su plan y pidiéndole que fuese en busca del Loro, a quien diría que lo mandaba llamar la Tortuga, que estaba gravemente enferma, por un asunto relativo a su herencia.

El Martín Pescador, que detestaba al Loro por lo charlatán y barullento, aceptó complacido la propuesta y partió en rápido vuelo, en tanto que Juan se dirigía nuevamente al rancho de la Tortuga.

Media hora más tarde llamaban a la puerta los dos pájaros, siendo invitados a entrar y a aproximarse a la cama, desde la cual el Zorro, tapado hasta las orejas, habló con tono fatigado y débil, imitando admirablemente la voz de la usurera:

—Escuchen, hijos míos: los he hecho venir a mi casa porque me encuentro muy grave y deseo que ustedes me acompañen en mis últimos momentos. Tendrán que permanecer callados, eso sí, porque me molesta mucho el ruido. Y prometo dejar toda mi fortuna a aquel de ambos que sea capaz de mantener el pico cerrado hasta mi muerte. Si lo logran los dos, la herencia será a medias; pero si uno habla, el otro le arrancará una pluma de un picotazo cada vez que lo haga. ¿Aceptan?

—Aceptamos —respondieron a un mismo tiempo los pájaros.

—Pues a callarse entonces si quieren heredarme.

Luego de aquellas palabras reinó en el rancho un absoluto silencio, que el Martín Pescador mantenía sin esfuerzos, pero que al Loro se le hacía intolerable.

Cada vez más nervioso, miraba éste las paredes y el techo, se rascaba picazones imaginarias, contábase y recontábase las uñas. Hasta que finalmente, no pudiendo contenerse más, se aproximó al Martín Pescador y le preguntó al oído:

—¿Qué hora será, compañero?

Un rudo picotazo en el pecho y una pluma de menos fue el resultado de esa primera infracción.

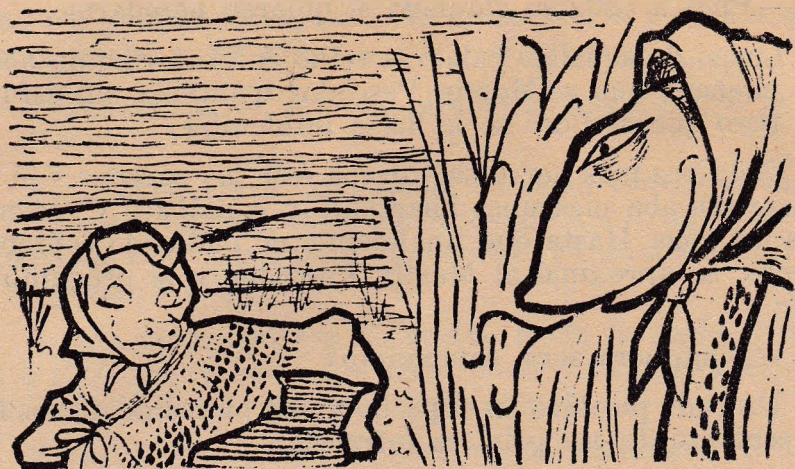
—¡Tente, tente, lengua mía! —dijo entonces el charlatán, que así perdió otra pluma, esta vez de la cola.

—¡No pique tan fuerte, amigo! —protestó indignado, lo cual costóle una tercera pluma.

Y ya sin dominio alguno sobre su incontenible lengua, siguió recibiendo picotazo tras picotazo, hasta que acabó por quedar completamente en cueros.

—¡Ahora que te emplume el Tigre, pedazo de adulón! —gritó entonces Juan saltando de la cama y dándose a conocer.

Avergonzado y furioso al mismo tiempo por la burla de que había sido objeto, el Loro abandonó el cuchitril lanzando maldiciones y tiritando de frío, en tanto que el Zorro y el Martín Pescador se desternillaban de risa al contemplar la ridícula figura del chismoso pajarraco.



XIV - OTRA DEUDA SALDADA

Una noche muy oscura, y tras de aleccionar a su Ñandú para que fuese en busca de la Culebra Parejera —con quien tenía también una cuenta pendiente por delación ante el Tigre—, encaminóse Juan el Zorro al sitio donde acostumbraba a pernoctar la Vaca, a la que encontró rumiando el sabroso pasto de que hiciera esa tarde previsor acopio.

—Vengo a pedirle colaboración, señora —le dijo luego de un cortés saludo—, para que entramos podamos dar su merecido a una enemiga común.

—¿Enemiga? Si yo me llevo bien con todo el vecindario.

—Menos con esa ladrona de la Parejera, supongo. ¡Cuántas veces le habrá tomado la leche de sus hijos!

—Es cierto. No me acordaba de semejante pícara. Pero si se trata de castigarla a ella cuenta conmigo, Juan.

—Pues dentro de poco rato la tendremos aquí, dispuesta a repetir lo que considera una hazaña. Acabo de mandarle avisar que usted ha tenido familia; y como esa arrastrada es loca por el calostro, no tardará en venir, seguramente. Tal vez ya se haya puesto en camino.

—¿Y qué debo hacer yo?

—Empezar desde ahora mismo a mugir con tono cariñoso y dulce, como si le estuviera hablando al hijo recién nacido, a fin de que la Parejera se oriente y pueda ubicarnos. Yo, por mi parte, aparentaré que estoy mamando, para que ella no desconfíe. Como la noche está retinta, y como

por otra parte esa ladrona ha de tener la vista en mal estado, de tanto fijarla en los animalitos que hipnotiza, no se percatará, supongo yo, de que le estamos pasando Gato por Liebre, o mejor dicho Zorro por Ternero.

—¡Jí! ¡Jí! ¡Jí! —rióse la Vaca al imaginarse el cuadro. Qué chasco se va a llevar la indigna cuando comience a succionar y se encuentre con que mi ubre está reseca. ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí!...

—Y si fuera sólo eso... —añadió Juan. Le juro que esta vez le vamos a arrancar de raíz su vieja maña, como también algunas otras malas costumbres que tiene, y que usted tal vez ignore. Se acordará de nosotros mientras le dure su arrastrada vida.

No bien había pronunciado estas palabras oyó un silbido largo, seguido de otros dos más cortos, por medio de los cuales avisábase el Ñandú que la Culebra había mordido el cebo y estaba ya en camino hacia allí.

Hizo mugir entonces a la Vaca en la forma convenida y aguardó los acontecimientos con el oído alerta, no tardando en percibir el susurro de los pastos sobre los cuales reptaba la Víbora, ya muy próxima a ellos. Acercó al punto el hocico a la ubre de su "madre" y empezó a chasquear ruidosamente la lengua, tal como lo hacen los terneros al mamar.

Pronto estuvo la Culebra enroscada en las patas de la Vaca. Y mientras su cola se dirigía a la boca del supuesto mamón, su cabeza se elevaba, vertical y tiesa, en busca de aquella ubre que imaginaba repleta.

Rápido como el rayo, Juan le manoteó entonces ambas y se lasató entre sí, con recio y doble nudo. Y cuando la Víbora abrió la boca para morderlo, introdújole en ella un ají verde que llevara a ese efecto y le gritó entre grandes carcajadas:

—¡Vaya mamando en esa ubre, doña Parejera, mientras no encuentre otra más sabrosa! ¡Es un obsequio de su amigo Juan el Zorro!

Y en tanto el reptil se retorció en violentas contorsiones, echando fuera la lengua para aliviar el escozor del ají, él corrió hasta el bañado y puso en pie de guerra a Sapos, Ranas y Apereás, que acudiendo en tropel al sitio del suceso propinárone a la taimada enemiga una soberbia paliza.



XV - LA MIEL DE CAÑA

Con el propósito de atraer a Juan el Zorro y darle al fin la paliza tantas veces frustrada, el Tigre hizo circular la noticia de que quería entrevistarse con él, pues pensaba nombrarlo capataz de la nueva estancia que acababa de comprar.

Fingió el astuto Juan haber tragado la píldora y dióle cita a su tenaz adversario en determinado sitio de la costa del arroyo, a fin de enterarse de las condiciones en que le propondría el empleo.

Antes de encaminarse al lugar de la entrevista, trotó el Zorro hasta la pulpería del Tatú, al cual dijo muy campante, tras el saludo de práctica:

—Vengo de parte de don Tigre, que acaba de nombrarme capataz de su nueva estancia, a proveermé de víveres para la peonada.

—Puede llevar lo que guste, amigo Juan —repuso el pulpero, alegre ante la perspectiva de una buena venta que garantizaría la solvencia económica del Overo, su cliente principal.

El Zorro atiborró su maleta de comestibles de la mejor calidad, y luego pidió un barrilito de miel de caña aduciendo que lo quería para obsequiar al patrón, que era muy goloso.

Ya en el sitio fijado para el encuentro con su viejo rival, colocó el barrilito junto al tronco de un árbol, y encima sujeto por una piedra, dejó un billete escrito en estos términos:

“Mi estimado don Tigre:

Espéreme aquí un momento que no tardaré en volver. Voy hasta lo de doña Comadreja, a comprarle una yunta de pollos gordos para obsequiarlo como usted merece. Y de paso cuídeme ese barril, no sea que algún aprovechado me tome la miel de caña que contiene, y que es de primera calidad. Su amigo, JUAN”.

Hecho aquello corrió a ocultarse en una zanja próxima, seguro de que no habría de fallarle el plan que de antemano concibiera.

Poco después se hizo presente el Overo en el lugar de la cita, y tras de leer la esquila sentóse junto al barrilito, relamiéndose el hocico.

—¡Si será zonzo este Zorro! —se dijo. Pedirme que le cuide la miel de caña, sabiendo cuánto me gusta, es cosa que sólo a él puede ocurrírsele.

Abrió el espiche del barrilito y saboreó un gran trago del espeso contenido, al que no tardaron en suceder otros muchos, cada vez más frecuentes.

Tal como Juan había supuesto, el beberaje de su enemigo —a quien siempre había gustado emborracharse a expensas de los demás— prosiguió sin interrupciones durante largo rato, hasta que al fin la melaza empezó a producir el esperado efecto.

El felino comenzó a bostezar y a entrecerrar los ojos, y después acabó por tenderse sobre el pasto, quedando al punto sumido en un profundo sueño.

Entonces el Zorro abandonó su escondite y acercándose al durmiente le embardurnó todo el cuerpo con el resto de la miel de caña, no sin antes haber hecho un derrame de gotas hasta un hormiguero próximo.

Y cuando el Tigre se despertó, horas más tarde, sintiendo en la piel un escozor desesperante, encontróse cubierto de hormigas que le clavaban sin cesar sus pinzas y advirtió, con la aflicción que es de imaginar, que tenía ya grandes peladares en aquel brillante pelaje del que tan orgulloso se sentía.

Entonces, bramando de dolor y de rabia, se precipitó hacia el arroyo cercano, sobreponiéndose a su instintivo miedo al agua, mientras oía tras sí la voz zumbona de Juan, que le decía entre grandes risotadas:

—¡Lo siento por el cuero, don Tigre! ¡Después de este percance no va a servir ni siquiera para adornar caronas! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...



XVI - JUAN "INVENTA" OTRO CICLON

Enterado el Tigre de que el Zorro iba todos los días a abreviar en determinado sitio del arroyo, rumbeó hacia allá con la intención de atraparlo.

Cuando iba ya muy cerca, la vista de una gorda vaquillona despertóle el hambre. Y aprovechando que la res era ajena —lo cual la haría aún más sabrosa, en su concepto—, le echó sin titubear el lazo y la carneó allí mismo, dándose un hartazgo de pecho, que era su presa favorita. Luego reanudó la marcha al trote, restregándose de tanto en tanto la atiborrada barriga.

Llegado que hubo a destino, se ocultó entre el tupido juncal que marginaba el arroyo, dejando al decubierto solamente la cola, que puse vertical e inmóvil, bien esponjado el pelo de la punta, como si fuera un extraño yuyo en trance de florecer.

—Cuando ese pícaro la vea —se dijo—, pensará que es alguna planta desconocida, y como es muy curioso se acercará a mirarla. Entonces le salto encima, y lo demás va por cuenta de mi rebenque.

Tan grande era su sed de venganza, que no sintió la molestia de la larga espera, ni la fatiga de aquella incómoda postura, ni los lancetazos continuos de tábanos y jejenes, que aprovechando su inmovilidad le chupaban a gusto la sangre.

Recién al caer la tarde apareció Juan, que había andado lechiguaneando y llevaba la maleta bien surtida de rezumantes panales. Al ver cerca del monte la vaquillona recién carneada y advertir que le habían devorado el pecho solamente, sospechó que su enemigo estaba próximo. Y a fin de salir de dudas se internó en la espesura y anduvo husmeando aquí y allá, con cautela, hasta que divisó entre el juncal la enhiesta cola del Tigre.

Dándose cuenta al punto de la clase de celada que éste le había tendido, quiso aprovechar tan favorable coyuntura para hacerle víctima de una nueva burla. Y volviendo con sigilo hacia el sitio donde yacía la vaquillona, extrájole la vejiga, la llenó bien de aire soplándola con un canuto de paja y luego introdujo en el improvisado globo un puñado de grandes moscardones que, por supuesto, le fue fácil apresar allí mismo. Una vez realizada dicha operación, ató el cuello de la vejiga con un fleco de su poncho. Faltaba empero lo principal, que era encontrar el modo de acercarse al Tigre sin que éste lo reconociera, a fin de llevar a cabo con éxito su endemoniado plan.

Tras breves instantes de cavilación sonrió y se restregó el hocico, como acostumbraba a hacer cada vez que concebía una buena idea. Y sacando de la maleta los colmados panales se untó todo el cuerpo con la miel, que como era muy espesa y pegajosa habría de servirle de excelente adhesivo. Después se encaminó hacia un viejo blanquillo lleno de “barbas” y se recubrió con éstas de la cabeza a las patas.

De tan ingenioso modo disfrazado volvió a acercarse al Tigre, que apenas pudo contener una exclamación de asombro ante su extraña figura.

—¡Qué planta tan bonita! —dijo el Zorro cambiando el tono de voz. ¡Y qué flor tan rara tiene! Voy a tomarle el aroma, que ha de ser muy agradable.

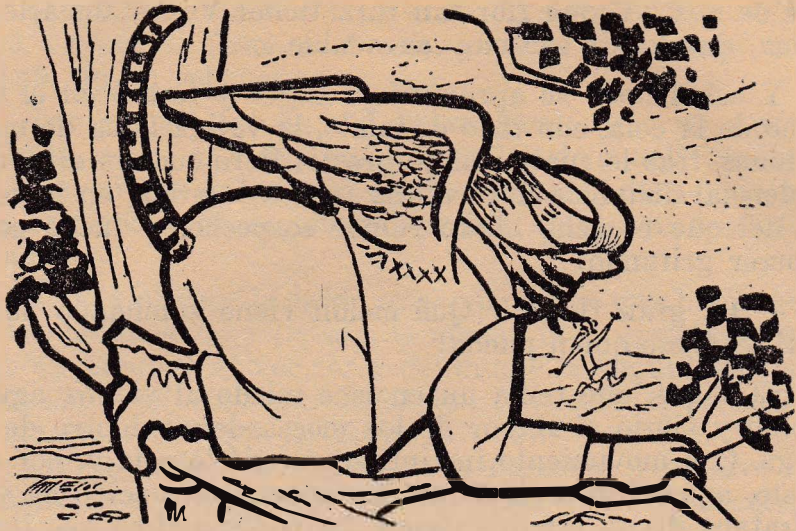
Y así diciendo se aproximó al Tigre y le ató en el extremo de la cola, con todo disimulo, la vejiga llena de moscardones, tras lo cual se alejó presto. Pero cuando estuvo a prudencial distancia llevóse una pata a la oreja, en la actitud del que escucha algún rumor sospecho, y luego echó a correr gritando:

—¡La gran flauta! ¡Qué ciclón viene zumbando hacia aquí! ¡Sálvese quien pueda!

El Tigre, que tenía un enorme miedo al viento, aguzó el oído y sintió el rumor de los moscardones dentro de la vejiga. Con movimiento instintivo recogió la cola y, por supuesto, aquel rumor aumentó. Entonces, convencido de que se trataba de un terrible ciclón, huyó como alma que lleva el Diablo, golpeándose contra los troncos y arañándose en las espinas de las ramas, hasta que al fin, ya exhausto, tropezó en un cipó y cayó cuán largo era, seguro de que había llegado el fin de su existencia.

Y fue en ese momento que advirtió el extraño objeto que pendía de su cola y oyó la voz zumbona de Juan, que le gritaba:

—¡Otra vez lo engañó el viento, don Tigre! ¡Sólo a usted le pasa eso, pues se precisa ser zonzo para tropezar dos veces en la misma piedra!



XVII - POR QUERER METERSE A PAJARO

Una hermosa mañana de primavera estaba el Tigre en la pulpería del Tatú, encargando entre los regateos de costumbre el surtido mensual para su estancia, cuando oyó una conversación que sostenían el Carancho y el Lagarto, parroquianos habituales del comercio, y que había sido entablada a propósito para que él pudiera escucharla.

—¿Sabes que le estoy enseñando a volar a Juan el Zorro? —decía el pajarraco.

—¿De veras? ¿Y para qué quiere aprenderlo ese pícaro

—Para poder escapar mejor de sus enemigos cuando lo persigan.

El Tigre, que precisamente andaba en busca de Juan con intención de darle una paliza, como venganza por las muchas travesuras de que había hecho víctima aquel tunante, terció resuelto en la conversación.

—Yo también quiero aprender a volar —dijo al Carancho. Y estoy dispuesto a contratar tus servicios si no cobras muy caro.

—Nada de eso, don Tigre. Apenas cinco pesos por lección. Y a usted, que es mucho más inteligente que el Zorro, aunque algunos no lo crean, le bastarán tres o cuatro para convertirse en un verdadero pájaro.

Aceptó el férido el precio, pero a condición de que las clases comenzaran de inmediato, pues no quería dar ventaja a su enemigo. Y una vez puestos de acuerdo profesor y discípulo, el Carancho lo condujo hacia un roquedal abrupto, en medio del cual se erguía un solitario y gigantesco tala.

Apenas llegaron a aquel sitio recogió el pajarraco un par de alas de Chajá, todavía frescas, que tenía ocultas en uno de los muchos recovecos del pedregal, y junto a las que guardaba también una lezna y un rollito de tientos finos.

—Con su permiso, don Tigre —dijo acercándose al Overo. Voy a proceder a la ingrata pero imprescindible tarea de coser estas alas en su respetable lomo, para que no se desprendan. Duele un poco, es cierto, aunque apretando con fuerza los dientes y pensando en lo útil y hermoso que es volar, se soporta bien el trance. Además, si lo hizo Juan, que como todos sabemos es un flojo, mucho mejor lo hará usted, con ese coraje que siempre ha demostrado, y que nadie sería capaz de discutir. . .

Al férido no le hizo ninguna gracia aquella perspectiva. Empero, tocado en su amor propio por las últimas palabras del Carancho, contestó sin titubeos:

—Pincha sin lástima, muchacho, que pinchas a un oriental de ley.

Y pensando que sólo con alas le sería posible en el futuro atrapar a su aborrecido rival, desde que había tenido el muy bribón la ocurrencia de aprender a volar, soportó estoicamente, sin un gruñido de dolor siquiera, los pinchazos de la lezna con que su “maestro” le estaba acribillando el cuero.

Terminada la costura, el Carancho le ordenó subir hasta la copa del árbol y aguardar allí sus instrucciones, cosa que el Overo hizo con gran esfuerzo y no sin cierto temor. Cuando estuvo arriba, el pajarraco subió a su vez de un volido y dijo:

—Ahora ponga atención y haga exactamente lo que hago yo, don Tigre. Vea qué fácil es: se abren de esta manera las alas, se las agita al mismo tiempo, luego se las va plegando poco a poco y se descende sin ningún peligro.

Y uniendo la acción a la palabra se dejó caer del árbol y aterrizó con lentitud, planeando suavemente.

Una vez en el suelo, invitó al félido a proceder de igual modo. Pero cuando éste miró hacia abajo se le erizaron los pelos de terror.

—¡Decídase, no sea cobarde! ¡Eso es indigno de usted! —le gritó el Carancho al ver que vacilaba.

—¿Y si me fallan las alas y me rompo la cabeza contra alguna piedra?

—Antes se rompería la piedra, estoy seguro. ¡Vamos, al aire! ¡Pronto!

Titubeaba aún el Overo, cuando hete aquí que apareció en escena Juan el Zorro, que era en realidad el autor de aquel diabólico plan, tan bien cumplido por su aliado el Carancho, y que agazapado en un escondrijo de las rocas, había estado aguardando pacientemente el momento oportuno para intervenir.

—¡Qué pájaro tan raro hay allá arriba! —exclamó fingiendo asombro como él solo sabía hacerlo. ¡Ah, pero si es nada menos que el mismísimo don Tigre que ha criado alas! ¡Procuraré escapar antes de que me vea y se me venga encima!

Dichas estas palabras echó a correr campo afuera a toda prisa. Y entonces el Overo, pensando que su enemigo se le escaparía una vez más, y en el afán de atraparlo, olvidó sus temores y se lanzó resueltamente al espacio. Mientras caía, alcanzó a oír la voz lejana de Juan, que le gritaba entre estentóreas risas:

—¡Cuidado con las piedras, don Tigre! ¡No las vaya a estropear mucho a las pobres, que no tienen la culpa de que usted sea tan zonzo!

Contra una de ellas, precisamente, se estrellaba en aquel instante el felino. Y fue tan grande el porrazo, que los peones de su estancia, enterados del suceso por el propio Carancho, tuvieron que ir a recogerlo en un carro.



XVIII - LA GALLINA MAGICA

Enterado de que el Tigre pasaría esa tarde por el camino real, de regreso de un viaje de negocios, Juan invitó a su primo hermano el Zorrillo para hacerle víctima de una travesura. Y éste, que tenía un antiguo resentimiento con el Overo, aceptó complacidísimo la invitación.

Luego de un breve alto en la pulpería del Tatú, donde adquirieron una bolsa vacía, objeto indispensable para la realización del plan que concibiera el Zorro, ambos parientes se apostaron a la vera del camino, bajo la sombra de un corpulento ombú, procediendo de inmediato a ajustar los detalles de la jugarreta urdida.

Poco rato más tarde vieron aproximarse al Tigre, que tieso sobre el lomo de su incansable "Refucilo", y canturreando desafinadamente una milonga, avanzaba al trote-

cito, feliz porque el negocio realizado le daría pingües ganancias.

—Ya lo tenemos aquí a ese zonzo viejo —dijo entonces Juan. Prepárese, pariente, y cumpla al pie de la letra las instrucciones que acabo de darle, si quiere que el asunto salga bien.

—Pierda cuidado, mi querido primo y amigo. Las aprendí de memoria y sabré desempeñarme como corresponde.

Apenas habían acabado de hablar cuando ya el Tigre estuvo junto a ellos y pudieron distinguir con claridad las palabras de su insulsa canción.

—Métase en seguida en la bolsa y no se mueva, pariente —ordenó Juan. Y cuando yo se lo indique realice su cometido como usted sabe hacerlo.

Cumplida su orden, púsose el Zorro de espaldas al camino, y fingiendo no darse cuenta de la presencia del Tigre metió el hocico dentro de la bolsa y empezó a lanzar exclamaciones de asombro, cual si estuviera contemplando algún prodigio.

Al ver a su enemigo allí, tan cerca, le relucieron los ojos al Overo. Desmontó cauteloso y se le aproximó con el rebenque en alto, relamiéndose de gusto los bigotes ante la idea de atraparlo y propinarle, ¡al fin!, la tan ansiada paliza.

—¡Caíste, matrero! —le gritó manoteándole la golilla. ¡De esta soba no te salva ni tu socio Mandinga!

—¡Hágame lo que usted quiera, don Tigre! —tartamudeó Juan, mientras procuraba ocultar la bolsa tras su cuerpo. ¡Muélame a palos, despelléjeme vivo, si le parece, pero, por favor, no me quite este tesoro!

—¡Vaya un pedido extraño, sinvergüenza! ¿Y qué es lo que hay en esa bolsa que tanto te interesa?

—Una Gallina mágica, que en lugar de huevos pone onzas de oro puro. ¿Se da cuenta? Cada vez que se la mira pone una. Pero hay que hacerlo con los ojos bien abiertos y fijos, pues si se pestañea ella pierde su virtud. ¡No me la

quite, don Tigre! Total, ¿para qué la quiere usted, si tiene tanta plata?

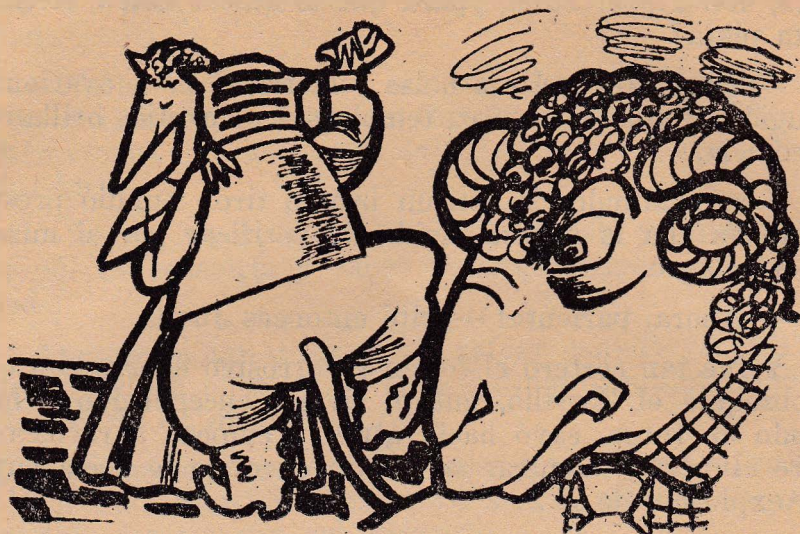
—¡Trae para acá esa bolsa y cierra el pico, avariento! —rugió el felino con la voz temblorosa y los ojos brillantes de codicia.

Y arrebatándosela con un brusco tirón hundió prestamente en ella la cabeza, ávido de verificar por sí mismo aquel milagro.

—¡Ahora, pariente! —gritó entonces Juan.

Y fue tan certero el fetido y corrosivo chorro con que le obsequió el Zorrillo, que el Overo, enceguecido y bramando de furor, cayó hacia atrás y empezó a revolcarse sobre el pasto, mientras su astuto enemigo le decía entre una explosión de risa:

—¡Ya ve lo que sacó por ambicioso, don Tigre! ¡Espero que la lección le resulte provechosa! ¡Y para otra vez ya sabe: cómprese unas antiparras y un frasco de Agua Florida, por las dudas! ¡Já! ¡Já! ¡Já!...



XIX - UNA OVEJA CARNIVORA

Aquella noche se realizaba una gran fiesta en casa de la Comadreja, con abundancia de manjares y licores, y amenizada por la magnífica orquesta que dirigía el Zorzal y que integraban el Boyero, la Calandria, el Grillo, el Mangangá, la Chicharra, el Cardenal, la Rana, el Guitarrero y otros músicos de fama.

Todos los animales del pago acudieron dispuestos a divertirse, en un simpático plano de igualdad que superaba hasta las diferencias físicas, puesto que se veía bailar al Gusano con la Abeja, al Cascarudo con la Mariposa, al prosaico Moscardón con la espiritual Libélula y al esbelto Guasubirá con la Tortuga remolona y sin garbo.

Entre los invitados se encontraba el Tigre, que era quien mayor consumo hacia de bebidas y comestible, lo cual

no le impedía mantenerse alerta para atrapar al Zorro, apenas apareciera éste en la fiesta.

Pero Juan, precavido como siempre, se presentó disfrazado de Oveja, y tan a la perfección, que hasta el propio Carnero creyó que se trataba de alguna congénere soltera y se dispuso a conquistarla, fiel a sus viejas mentas de Tenorio.

Era eso precisamente lo que buscaba el Zorro, que entre melindres y esquives, ya bailando una polquita con él, ya dejándolo plantado para acceder a las reiteradas invitaciones del Tigre, lo fue poniendo celoso poco a poco.

De tanto en tanto hacía Juan sus escapadas furtivas hasta el comedor, donde se destacaban de los demás manjares agrupados en la mesa los pollos “al natural”, que constituían su plato favorito.

Pero hete aquí que en un momento dado, mientras masticaba a dos carrillos una tierna pechuga, fue descubierto por la Cotorra —chismosa incorregible—, la cual salió al punto desolada hacia la sala de baile, pregonando a voz en cuello tan sensacional noticia.

—¡La Oveja come pollos! ¡La Oveja come pollos!— chillaba el escandaloso pájaro. ¿Cuándo se ha visto semejante cosa?

A excepción del Carnero, que continuaba iracundo en su rincón, todo el bicherío restante comprendió que había allí gato encerrado. Y hasta el mismísimo Tigre, no obstante lo menguado de su caletre, dióse cuenta de que la Oveja y Juan eran un solo ser, y de que se le presentaba la ocasión de vengarse.

Atacaba la orquesta un pericón cuando volvió a la sala el Zorro, muy orondo, mordiendo ostensiblemente una hoja de lechuga. El Overo, al verlo, se le acercó relamiéndose el hocico y le dijo en tono amable, a fin de evitar sospechas:

—¿Me concede este periconcito, moza?

Pero Juan, que leyó en sus ojos los siniestros propósitos que abrigaba, huyó dando baliditos de terror hacia el sitio

donde estaba el Carnero. Y estrechándose contra éste, se puso a gritar desafortunadamente:

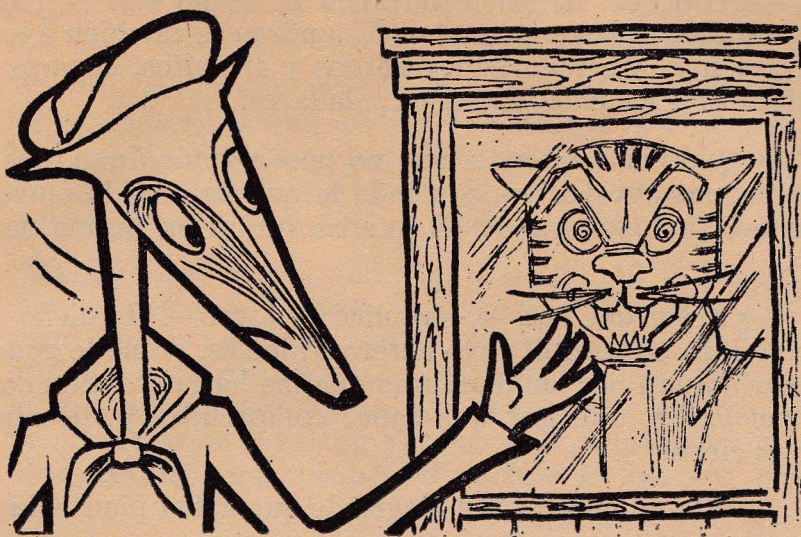
—¡Socorro, socorro, que ese indigno me ha faltado el respeto!

—¡Yo te voy a dar socorros, sinvergüenza! —rugió el Tigre lanzándose hacia él y tirándole un zarpazo que el Zorro esquivó apenas.

Entonces el Carnero, ansioso por obtener a cualquier precio los favores de la esquivia "prenda", retrocedió un buen trecho para tomar impulso y luego embistió con furia a su rival, aplicándole tan rudo topetazo en el vientre que le cortó el resuello, circunstancia que aprovechó el enceguedo cornúpeto para seguir golpeándolo sin treguas, hasta dejarlo fuera de combate.

En tanto Juan, soltando una de aquellas burlonas carcajadas que el Overo conocía tan bien, gritábale desde la puerta:

—¡No se aflija, don Tigre, que no es nada! ¡Lo peor vendrá cuando su señora se entere de la causa de esos golpes y empiece a cantar el zueco en sus costillas!



XX - EL ESPEJO SALVADOR

Con la deliberada intención de atraer a Juan el Zorro y propinarle una paliza de órdago, a fin de desquitarse así de las innumerables travesuras de que aquel pícaro había hecho víctima, el Tigre resolvió obsequiar con una opípara comilona a todos los animales del pago, escogiendo para escenario de la fiesta la pulpería del Tatú.

—¿Y a qué se debe el acontecimiento? —preguntóle éste cuando se enteró del insólito proyecto, que contrastaba con la notoria avaricia del férido.

—A que vendí muy bien la lana en esta zafra y quiero festejar el negocio como cuadra a un criollo de ley —respondió el Tigre.

—¡Linda idea! —dijo el Carancho, que estaba oyendo la conversación. Y habrá cantidad de manjares, me imagino.

—Claro que sí. No faltarán ni el asado con cuero, ni los pasteles, ni las empanadas. Y tendremos también aves a discreción, sobre todo pollos gordos y tiernitos, capaces de conformar a los más exigentes paladares.

—¡Qué pena entonces que no pueda venir Juan, que es loco por las aves! Pero, con todo lo que ha pasado entre él y usted, supongo que no lo querrá ver ni en broma cerca suyo.

—¿Y por qué no? —replicó el Tigre—. He dicho que la comilona es para el pago entero. Además, yo no le guardo rencor a Juan por las diabluras que me ha hecho. Son cosas de muchacho, que hay que saber comprender y disculpar, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Y me alegro de que usted piense de esa manera.

La noticia del banquete se extendió rápidamente, llegando hasta los más apartados ranchos de la comarca. Y el día escogido para su realización, desde muy temprano, una enorme concurrencia llenó la pulpería. Entre otros muchos estaban el Carpincho, la Nutria, el Lobo, la Comadreja, el Zorrillo, el Tucutuco, la Mulita, la Tortuga, el Guasubirá y el Venado, los cuales, mientras aguardaban la hora del festín, departían amigablemente con aves de toda raza y tamaño, que iban desde el solemne Chajá y la aristocrática Cigüeña hasta el humilde Chingolo y la inquieta Ratonera, como asimismo con reptiles de variado tipo, sin contar la multitud impresionante de insectos que pululaban por todas partes, convirtiendo el comercio en una verdadera Arca de Noé.

El Cuervo, encargado de los fogones, vigilaba los asados con cuero e impartía continuas órdenes a sus ayudantes, el Gavilán y el Chimango. El Perro, que acababa de obtener las jinetas de sargento, no hacía por su parte sino dar empellones en nombre de la ley y tratar con prepotencia a todo el mundo.

Ya próximo al mediodía apareció Juan el Zorro montado en su Ñandú, que apenas se vió libre del jinete desli-

zose gambeteando entre la concurrencia y se metió en la cocina, dispuesto a atiborrar de comida su inhartable buche.

—¡Felices los ojos que te ven, Juancito! —exclamó con mal fingida cordialidad el Tigre, adelantándose a recibir al Zorro—. Acompáñame hasta el reservado, pues te quiero agasajar personalmente y tengo, para nosotros solos, varias pechugas de pollo frío y un porroncito de ginebra especial.

Juan se dió cuenta al instante de que el férido estaba ya muy achispado. Y en la expresión de sus ojos leyó las aviesas intenciones que vanamente trataba de disimular. Pero era tan grande su deseo de darse un buen atracón de pollos tiernos a expensas de aquel avaro, que decidió hacer de tripas corazón y entrar al reservado, confiando en que su siempre fértil ingenio habría de sacarlo una vez más de apuros.

—Total, si en tantos trances difíciles he salvado el pellejo —se dijo—, ¿por qué ponerme a titubear ahora, con el hambre que tengo?

Animado por tales reflexiones siguió muy campante al Tigre, que apenas estuvieron solos en la pieza cerró con llave la puerta.

—¡Aquí me las pagarás todas juntas, bandido! —bramó entonces—. ¡Caíste en la celada como cualquier zonzo! ¡Já, já, já!

Y relamiéndose satisfecho el hocico enderezó hacia Juan, no sin antes descolgar de la percha su rebenque, colocado allí a propósito.

El Zorro echó una rápida ojeada en derredor, buscando sitio donde refugiarse. Y al ver en un rincón un alto mueble con espejo, ocurriósele al punto la ingeniosa idea que habría de salvarlo.

—¡Cuidado, que tengo quien me defienda! —gritó indicando al Tigre su propia imagen, que la luna del espejo reflejaba entera—. ¡Atrévase a castigarme y lo verá!

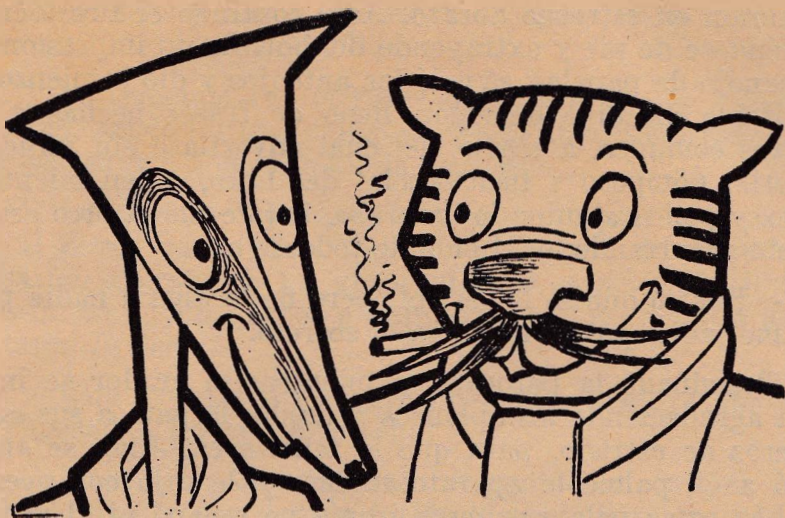
Y rápido como el rayo corrió a esconderse detrás de su enemigo. Este, torpe como era por naturaleza, y algo borracho además, al mirarse en el cristal y ver que la imagen

de Juan desaparecía tras la suya, tuvo la impresión de que, efectivamente, había en la pieza otro félido de su misma raza, dispuesto a defender al Zorro. Gruñóle ferozmente al supuesto congénere, y al advertir que éste respondía al gruñido arremetió contra él, ciego de rabia. Y fue tal la violencia con que sus zarpas golpearon el espejo, que el cristal saltó hecho añicos y le produjo con sus fragmentos numerosos tajos.

—¡Linda topada, don Tigre! ¡Se la envidiaría el Carnero! —gritóle el Zorro, burlón, al verlo desplomarse sin sentido.

Y abandonando la pieza cruzó muy ufano por entre la concurrencia y aproximóse al Cuervo, que conociendo los planes del félido no disimulaba su estupor frente a aquella reaparición imprevista.

—Mándeme servir una media docenita de pollos al natural, capataz —le dijo Juan al pajarraco con la mayor naturalidad del mundo—. Así podré ir entreteniendo el estómago mientras espero a don Tigre, que a la vejez se ha vuelto presumido y está arreglándose un poco ante el espejo...



XXI - LA RECONCILIACION

Convencido el Tigre de que por medio de la violencia no lograría derrotar a Juan el Zorro, resolvió cambiar de táctica.

Y una mañana ensilló su Venado y salió en busca del Burro, el Toro y otros vecinos caracterizados, a quienes pidió que convocasen a todos los animales del pago para una asamblea popular, ante la cual él juraría solemnemente que estaba dispuesto a reconciliarse en su adversario y restituirle la amistad y confianza de otros tiempos.

Llegado el día de la reunión, no faltó ningún miembro de la colectividad. Y cuando se hizo presente Juan, al trote de su Ñandú fué recibido con vítores y aplausos, elocuente testimonio de la simpatía popular de que gozaba.

La Mesa, presidida por el Burro, lo recibió con gran solemnidad, y allí, a la vista de todos, el Tigre y él se con-

fundieron en estrecho abrazo. Acto continuo el Presidente, poniéndose de pie y extrayendo del bolsillo un impresionante manojito de papeles, se caló los anteojos y dió comienzo al inevitable discurso de rigor, lleno de frases hechas y de lugares comunes, a través del cual advertíase sin esfuerzo el estilo pomposo e insustancial del Loro, quien mientras tanto, y por si alguien lo ignoraba, iba de uno a otro asambleísta susurrando en el oído de todos:

—Fuí yo que se lo escribí; pero no lo diga a nadie porque me pidió que mantuviera el secreto.

Terminada la perorata, y mientras el orador se inclinaba agradeciendo los aplausos y tendía la pata a sus compañeros de estrado, para que lo felicitasen, Juan se aproximó a él, palmeóle aparatadamente y le dijo con acento zumbón estas palabras, cuya ironía no escapó ni al propio Pavo:

—¡Qué magnífico discurso, don Burro! ¡Y qué florido! Pero lo más importante es que acusa un estilo inconfundible. Se ve a la legua que esa pluma es del ave, como se dice vulgarmente...

Apenas acalladas las risas con que el bicherío celebró su ocurrencia, volvióse Juan hacia el Tigre, dispuesto a poner en práctica cierto plan que llevaba preparado de antemano.

—Ya que he tenido la dicha de recuperar su invaluable amistad —le dijo—, quiero celebrarlo fumando con usted un cigarro aquí, delante de esta honorable asamblea. Sírvase, por favor —añadió sacando del bolsillo dos cigarrillos que llevaba ya armados y ofreciéndole uno de ellos al Overo—. Son del mejor tabaco que viene del Brasil.

—Con mucho gusto Juancito. Lo pasado, pisado, ¿no te parece?

—Claro que sí. Eso mismo decía una Mula y seguía dando vueltas en la noria. A su salud, don Tigre.

—A la tuya, muchacho.

Y así diciendo el Overo dió una larga chupada a su cigarro, que como estaba mezclado con pólvora hizo explosión de súbito, produciendo una gran llamarada que le que-

mó los bigotes y hasta alcanzó a chamuscarle la punta de la nariz.

Tan tremendo fue el susto del Tigre que lo hizo caer de lomo, dando bufidos y manotazos al aire, mientras los espectadores reían a mandíbula batiente.

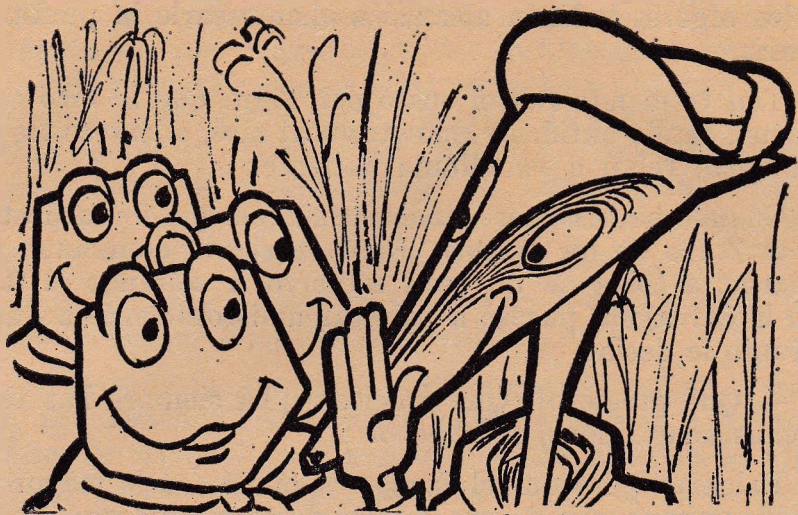
Cuando se incorporó, todos pensaron que iba a destrozar al Zorro de un zarpazo. Pero consiguió dominarse sin embargo, a costa de un gran esfuerzo, y soltando él también la carcajada púsose a palmear amistosamente a Juan, en tanto le decía:

—¡Qué gracioso! ¡Qué gracioso! ¡Tú siempre has tenido chuscadas lindas, muchacho!

Palabras a las que el Zorro respondió con la mayor seriedad, aunque por dentro estaba desternillándose:

—¡Así me gusta, don Tigre! ¡El que es gaucho de ley, como usted, sabe aceptar las bromas sin enojarse! Pero, a todo esto, ¿no quiere otro cigarrito?

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA



XXII - LA CARRERA

Una mañana llegó el Loro a la pulpería del Tatú, pregonando entre jadeos la insólita noticia de que era portador:

—¡Juan y el Tigre se han desafiado para una carrera como nunca hubo otra! ¡Y tendrá lugar aquí mismo, el próximo domingo! ¡Algo increíble, señores! ¡Creo que al Zorro se le han quemado los papeles esta vez! ¡Y tan vivo que se cree ese zonzo grande!

—¿Pero qué carrera es esa, charlatán del demonio? —rezongó el Lagarto, fastidiado por aquella avalancha de palabras. Expíciate en seguida si no quieres que te ate para siempre el pico con tu propia lengua.

—No se sulfure, amigo. Usted siempre nervioso —repuso irónicamente el Loro. Pues, aunque parezca mentira, la carrera de que hablo será entre el Ñandú y el Sapo. Y

lo curioso es que el primero correrá por cuenta del Tigre y el segundo será el pingo de Juan. Algo como para caerse de espaldas, ¿no les parece?

Aunque en el primer momento, y considerando la bien ganada fama de embustero y chismoso de que gozaba el Loro, ninguno de los parroquianos de la pulpería dio crédito a tan despampanante noticia, pronto hubieron de rendirse todos a la evidencia. El propio Juan, llegado poco más tarde, aunque de paso, encargóse de confirmar la inesperada y asombrosa novedad.

—Quiero demostrarle a don Tigre que el Sapo es mucho más veloz de lo que él cree —agregó a modo de explicación. Quedan invitados para la carrera todos los presentes. El tiro será de trescientos metros y nos bajará la bandera don Burro, lo cual constituye una verdadera garantía. Para la sentencia tenemos a tres criollos de muy buena vista: el Halcón, el Cuervo, y mi tocayo el Juan Grande. Será pues, hasta el domingo. Y vayan juntando platita si les gusta el Ñandú, porque pienso jugarme hasta el poncho a las patas de mi parejero.

Como es de imaginar, la noticia de tan desigual carrera se difundió rápidamente por el pago. Y aunque cuantos la escuchaban suponían —no sin cierta tristeza— que Juan estaba loco de remate, ninguno faltó a la cita.

—Ese Zorro tiene tantas picardías —decíanse. Quién sabe si al fin de cuentas no se sale ganando la carrera.

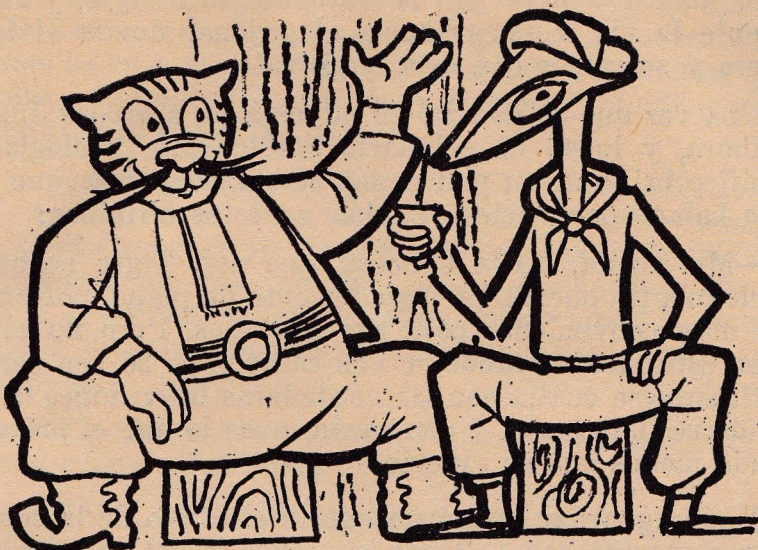
Desde muy tempranito estuvo la pista marginada por numerosa concurrencia. Cuando aparecieron los “pingos”, todo el mundo púsose a apostar en favor del Ñandú. Juan aceptaba sin titubear los desafíos. El Tigre, mientras tanto, se paseaba al trotecito de aquí para allá, convencido de su triunfo.

Tras las partidas de práctica bajó el Burro la bandera. Y el Ñandú salió como exhalación, dejando atrás al Sapo en las primeras zancadas. Empero, a los cien metros, vio con sorpresa que el adversario iba delante suyo, salta que te salta. Se apresuró más aún, sobrepasóle de nuevo, mas volvió a encontrarle con ventaja a los doscientos metros.

Herido en su amor propio al barruntar una posible derrota, siguió corriendo con los alones abiertos y con los ojos fijos en la meta final. Pero cuando ya iba a alcanzarla surgió de nuevo el Sapo, como por arte de magia, y la franqueó de un salto, adjudicándose el triunfo, ante el asombro unánime de los espectadores.

Y esa misma noche el muy tunante del Zorro, con el cinto repleto de patacones —fruto de las apuestas ganadas—, llegó sin ser visto a la orilla de un zanjón donde lo aguardaban cuatro idénticos sapos, que entretenían la espera haciendo sonar por turno, como en un contrapunto, sus acordeones roncós y desafinados.

—¡Bravo, muchachos! —díjoles Juan al verlos. ¡Se portaron como buenos criollos! Tomen estos pesitos, y que el asunto quede entre nosotros, pues yo entiendo que no es cosa de buen santo ponerse a explicar milagros. Y quién sabe, además, si guardando celosamente nuestro secreto no se nos presenta alguna otra “fija” como la de esta tarde.



XXIII - LA RIÑA

Avido por tomarse el desquite de aquella increíble carrera entre el Ñandú y el Sapo, que tantos pesos le costara y tantas pullas de sus amigos lo obligara a soportar, el Tigre desafió a Juan para una riña no menos despampanante: la del Gallo y la Crucera. El apostaría al primero, y el Zorro a la segunda.

—Bueno, acepto —dijo Juan—, a condición de que me juegue doble contra sencillo.

Estuvo de acuerdo el Overo, que apenas conseguía disimular su júbilo, y la riña quedó concertada para el domingo siguiente, en la pulpería del Tatú.

—¿Qué se propondrá este zonzo? —preguntóse el Zorro al quedar solo. Como Juan que me llamo, habré de averiguarlo.

Se mantuvo alerta sin perder pisada al Tigre, y al día siguiente lo vio rumbear hacia el pajonal donde vivía la Crucera y secretear con ésta largo rato.

Una vez que se marchó su adversario, acercóse Juan a la Víbora, y luego de saludarla afablemente y elogiar el magnífico brillo de su piel recién cambiada —cosa que mucho la halagó por cierto— hablóle en estos términos:

—Me consta, Misia Crucera, que don Tigre acaba de hacerle una propuesta que usted aceptó de plano, por entenderla muy conveniente para sus intereses. Pero no olvide que en este pícaro mundo se ven caras y no se ven corazones. Si supiese cuáles son las verdaderas intenciones de ese bandido se indignaría, y con razón, pues lo que él pretende es nada menos que su muerte.

Y sin aguardar respuesta enteró al ofidio de la conversación sostenida con el Tigre, a propósito del curioso desafío que éste le formulara.

—El Overo está convencido de que su Gallo dará cuenta de usted con dos o tres puazos, a lo sumo. Y sus razones tendrá, ¿no le parece?

—¿Vencerme un Gallo a mí? —mofóse la Crucera. ¡Si yo puedo difuntear al mismísimo Toro con una sola mordedura?

—Lo sé bien. Pero escúcheme. El Tigre es de esos zonzos que creen que ustedes las víboras, cuando tienen que vadear algún arroyo, ocultan el veneno debajo de una piedra para que no se moje. Por eso busca la manera de robarle el suyo y dejarla indefensa frente al Gallo.

—Ahora comprendo su rara proposición —dijo la Crucera. Me prometió hacerme un excelente obsequio, el domingo por la mañana, pero a condición de que yo atraviere el arroyo para ir a buscarlo al otro lado, donde él me aguardará.

—Es tan canalla como zonzo. Hágale el gusto, escondiendo previamente una bolita de pasto masticado, como si fuera el veneno. Alguien irá a recogerla, estoy seguro. Y nosotros nos divertiremos de lo lindo y ganaremos mucho

dinero con este negocito, en el que desde ya la considero socia. Ahora, para finalizar, quiero darle un buen consejo: cuando se enfrente al Gallo tírele el bote a la cresta, que es blandita. Así no estropeará esos preciosos colmillos con que la naturaleza quiso favorecerla.

Aceptó la proposición el ofidio. Y la mañana del domingo todo ocurrió como Juan había previsto. Oculta debajo de una piedra la bolita de pasto, fue subrepticamente el Cuervo a apoderarse de ella, mientras la Crucera vadeaba el arroyo para ir al encuentro del Overo, que observando la maniobra desde la margen opuesta, se restregaba las garras con satisfacción.

Por la tarde, y ante numeroso público, comenzó la riña, bajo el arbitrio del Chajá.

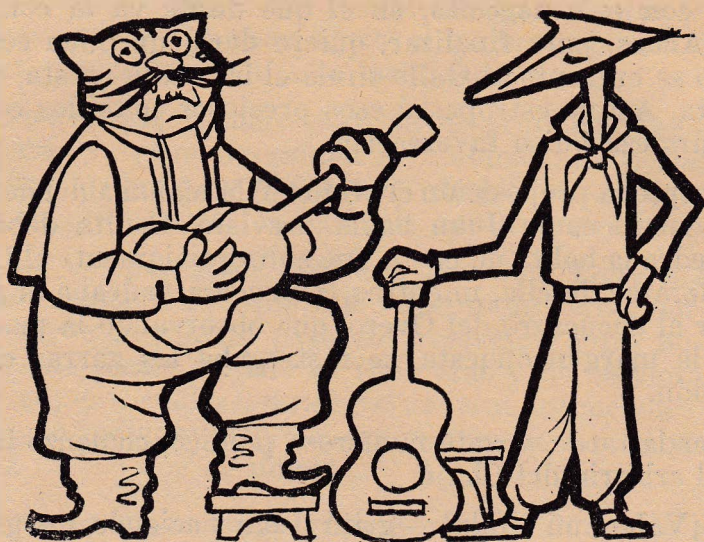
—¡Valor, mi Polla! —gritó Juan haciendo un guiño a la Víbora.

Y antes de que el Gallo comprendiera lo que acontecía los agudos colmillos del ofidio se le habían hundido en la cresta, inoculándole una dosis de veneno que instantes después daba con él en tierra, poniendo punto final a la pelea.

—Declaro vencedora a la Crucera, señores —sentenció imperturbable el Chajá.

Tan sorprendido como consternado, inclinóse el Tigre a recoger su Gallo muerto, mientras Juan le gritaba con acento zumbón:

—¡Ya lo sabe para otra vez, padrino! ¡Las víboras suelen abandonar la piel cuando está vieja y han criado otra nueva! ¡Pero al veneno no lo dejan ni siquiera para tirarse al agua!



XXIV - LA PAYADA

La noche de aquel domingo acudieron todos los animales del pago a la pulpería del Tatú, ávidos por oír la payada de contrapunto concertada entre el Tigre y Juan el Zorro.

Una vez que los cantores estuvieron sentados frente a frente y templaron sus respectivas guitarras, dijo el Overo:

—Yo fui quien te desafió a payar, Juancito, y por lo tanto tengo el derecho de preguntar primero. Si respondes con acierto preguntarás a tu vez, y el respetable público presente adjudicará el triunfo a aquel que lo merezca, estoy seguro.

Y luego de echar un trago y componerse sonoramente el pecho, comenzó a improvisar de esta manera, acompañándose con una insulsa milonga:

Si hasta el Zorzal cierra el pico
cuando me pongo a cantar,
y ni da para empezar
conmigo el propio Boyero
no será un Zorro “guasquero”
el que me gane a payar.

—¡Bravo, don Tigre, bravo! ¡Eso se llama tener la lengua sobada! —chilló el Loro, siempre zalamero y adulón, mientras los demás aplaudían el auspicioso comienzo del contrapunto.

Restablecido el silencio, todos los ojos se volvieron hacia Juan, que tras breve rasgueo contestó muy campante y con irónico tono:

No bastan las uñas largas
para ser buen guitarrero,
ni basta nacer overo
para ser Tigre, ¡já, já!
Más plumas tiene el Chajá
pero es más pájaro el Tero.

Un coro de estrepitosas carcajadas celebró su respuesta. Pidió otra copa el Tigre, la vació de un solo trago y se lanzó a la ofensiva con la siguiente cuarteta:

Dime si eres tan leído
por qué razón fue que Dios,
que le puso cola al Cerdo,
dejó al Carpincho rabón.

Ante aquella inesperada pregunta el auditorio se volvió todo orejas, ansioso por saber cómo se las arreglaría Juan para salir del aprieto en que lo había puesto su rival. Pero la respuesta del ingenioso Zorro fue inmediata:

Dios hizo al Cerdo de barro
y después que se secó
lo revoleó de la cola
y a un pantano lo tiró.
Mandinga quiso imitarlo,
pero como era chambón,
al revolear su cochino
la cola se reventó.
Casualmente, allí muy cerca
corría un arroyo cantor.
El bicho fue a dar al agua...
¡y así el Carpincho nació!

Una estruendosa salva de aplausos obligó a Juan a ponerse de pie para agradecer el unánime homenaje de la concurrencia.

—Ahora me toca preguntar a mi, don Tigre, —dijo el Zorro una vez terminada la ovación. Prepárese para responder de acuerdo con su fama, que reconozco justa...

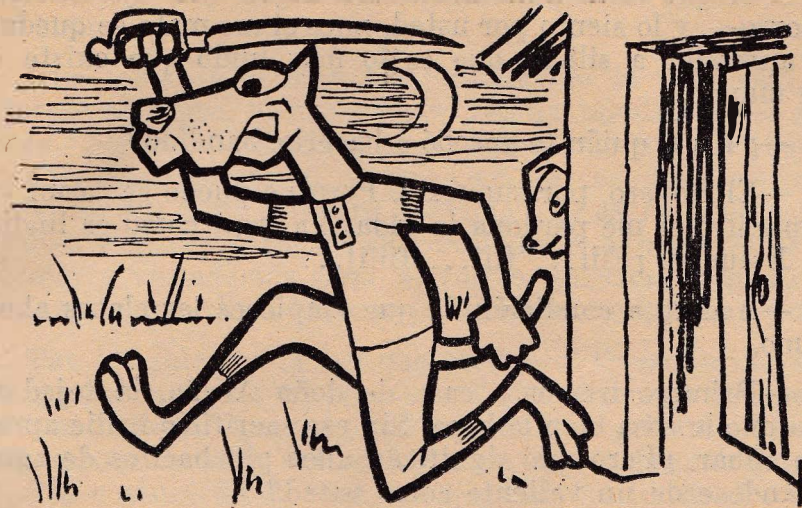
Y entre sonrisas y guiños cantó estos versos llenos de malicia:

Cuando Dios nos trajo al mundo
nos dio un arma a cada cual
para defender la vida
si nos vienen a atacar.
Al Burro, fuerza en las patas,
al Venado, agilidad,
cuernos filosos al Toro
y aguijón al Mangangá.
Pero hay uno entre nosotros
—sin duda el más animal—
que porque tiene dinero
cree tener habilidad,
como si eso fuera cosa
que se pudiera comprar.
Si usted me dice su nombre
yo me entrego, ¡ni qué hablar!

Fueron tantas y tan estrepitosas las carcajadas que provocó aquella nueva ocurrencia del Zorro, que el Tigre, sintiéndose ridiculizado una vez más en público, y ciego de rabia ante la clara alusión que contenían los versos, ya no pudo dominarse.

—¡Ah, bandido! —rugió levantándose y haciendo trizas la guitarra contra el suelo. ¡Eso lo dices por mí y yo no te lo perdono!

Y luego de esas palabras intentó abalanzarse sobre Juan y abatirlo de un zarpazo; pero ya éste, previsor como siempre, había ganado la puerta velozmente, para montar de un salto en su Ñandú y cerrarle piernas en dirección al monte.



XXV - LA SERENATA

El Perro, que era Sargento de Policía, perdió su pito en una recorrida nocturna, y le tocó en suerte a Juan el Zorro encontrarlo.

Mientras pensaba qué utilidad podría prestarle aquel objeto se vio sorprendido por la imprevista aparición del Tigre, que valiéndose de su fino olfato, había seguido el rastro con intenciones siniestras.

En el primer instante Juan se consideró perdido. Pero una ingeniosa idea iluminó de súbito el cerebro. Se llevó a la boca el pito policial, ocultándole entre ambas "manos" a fin de disimular la maniobra, y empezó a emitir silbidos tras silbido con una expresión tal de placer, de arrobamiento, que el Overo se detuvo intrigado, preguntándose dónde habría adquirido su rival aquella habilidad.

—Sé que viene a matarme, don Tigre —le dijo entonces el Zorro—, y lo siento por usted, pues si me mata se quedará sin aprender a silbar, que es lo más lindo que existe en este mundo.

—¿Y a tí quién te enseñó a hacerlo, bandido?

—El Boyero, por supuesto. Pero yo puedo ser a mi vez su maestro si me perdona la vida. Ya verá como es lindísimo. Escuche: ¡Fiii... fiii... fiiii!...

—Acepto a condición de que empieces las clases ahora mismo.

—Primero iremos a casa de doña Araña, la tejedora, para que le cosa bien la boca. Sin ese sacrificio nadie aprende a silbar. ¿Pero qué significan unos pinchacitos de aguja tratándose de un valiente como usted?

—Es claro que sí —fanfarroneó el Tigre. Vamos en seguida.

Aleccionada por Juan, la Araña cosióle la boca al férido, dejándole apenas una pequeña abertura en el centro, operación que el muy engréido soportó sin una queja. Cuando volvieron a estar solos, el Zorro le colocó en el huequito libre una pequeña astilla al tiempo que le decía:

—Sople bien fuerte, como lo hago yo —y llevándose el pito a la boca emitió nuevos y atronadores silbidos.

El Overo, por su parte, soplaba y soplaba en vano, con los ojos llenos de lágrimas a causa del dolor que le producía la reciente costura. Hasta que Juan resolvió al fin cambiar la astilla por el silbato, que soplado por los potentes pulmones del felino resultaba intolerable.

—Muy bien, don Tigre! ¡Hasta el Boyero lo envidiará cuando lo oiga! —exclamó entonces el Zorro. Lo invito para dar una serenata esta noche.

—De acuerdo, muchacho. Es una gran idea.

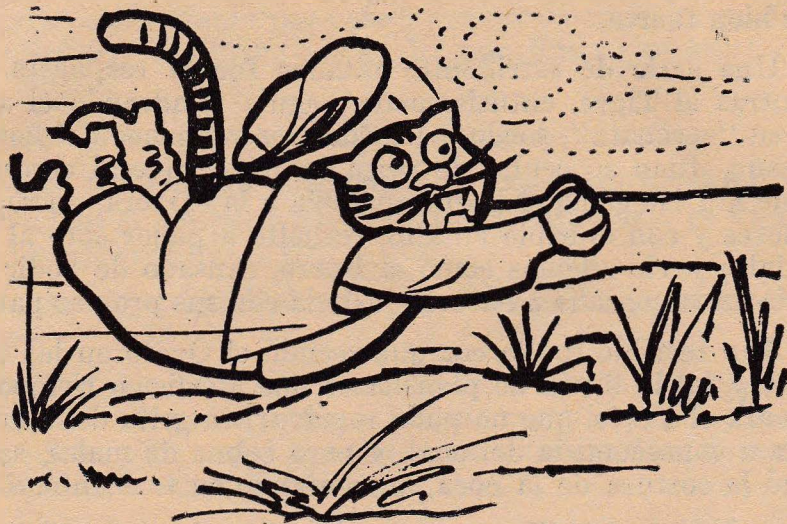
A la hora convenida encamináronse ambos hacia la casa del Burro, caracterizado vecino que, a juicio de Juan, se resentiría si no le dieran la serenata inicial. Apenas estuvieron junto a su ventana dijo el Zorro en voz baja:

—Puede empezar cuando guste. Y no se olvide de soplar bien fuerte.

Una serie de estridentes pitadas fue la respuesta. Y mientras el Tigre, entusiasmado, seguía taladrando el aire con su “serenata”, sordo a los furiosos rebuznos del homenajeado, Juan se ocultó de prisa en un carquejal cercano. Desde allí vio cómo el Perro aparecía a la carrera, en ropas menores y con el sable en alto, resuelto a poner coto al escándalo; y vio además cómo el Burro, cansado de pedir silencio en vano, salía a hacerse justicia con sus propias patas.

Tan terrible fue la coz que recibió el Overo en las costillas, y tal la lluvia de planchazos que al mismo tiempo le aplicara el Perro, que no pudo reprimir un grito de dolor y rabia a consecuencia del cual, y para colmo de males, se le rasgó la costura de la boca, aumentando su tormento.

—¡Ya ve, don Tigre, que no basta soplar para ser músico! —gritábale mientras tanto Juan entre grandes carcajadas, que a la incorregible vanidad del Overo le dolían mucho más que los golpes.



XXVI - LA MUERTE DEL TIGRE

Aprovechando la claridad lunar, Juan y el Tatú fueron cierta noche a robarle unos novillos al Tigre. Pero cuando estaban en lo mejor de la tarea se les presentó de súbito el Overo, que al reconocer nada menos que a su adversario de siempre en uno de los cuatreros, le grito enfurecido:

—¡Ahora verás lo que te espera, ladrón! ¡Yo te voy a enseñar a respetar la hacienda ajena!

Olvidaba, al hablar así, que él mismo volvía de hurtar veinte reses en otra estancia del pago, y que esa era la causa de que hubiera podido sorprender “in fraganti” al Zorro y su compañero.

Para intentar salvarse del peligro de muerte que corría, Juan apeló a un recurso que de inmediato concibiera su agudísimo ingenio.

—No se trata de un robo, se lo juro —afirmó. ¿Para qué queremos ganado nosotros, que ni campo donde ponerlo tenemos? Lo que nos trajo aquí fue una apuesta en la que usted, tan imparcial y tan gaucho, nos puede servir de juez.

—¿De qué se trata? —inquirió el Tigre, halagado por el elogio, y suavizando a su pesar el tono.

—Una cuestión de amor propio. Yo me considero el criollo más campero de estos pagos, y don Tatú asegura que lo es él. Ambos nos sentimos capaces de enlazar y sujetar a pie firme un novillo, por chúcaro que sea. Y como cada uno pone en duda las aptitudes del otro, hemos venido aquí a convertir en hechos las palabras, sabiendo que usted posee los animales más adecuados, por cerriles y fuertes, para realizar la pretendida proeza.

—Pues sepan ustedes que están muy equivocados, ya que un campero de mi talla no existe en todo el país —replicó el vanidoso férido, mordiendo el cebo que tan habilidosamente acababa de prepararle Juan.

—Por lo visto don Tigre quiere terciar en la apuesta —dijo el Zorro.

—Terciar y ganarles —agregó el Overo.

Pusiéronse los tres de acuerdo y comenzó la prueba. Luego de atarse el lazo a la cintura —requisito imprescindible a su juicio, para no trampear—, Juan señaló el novillo que enlazaría. Pero erró el tiro deliberadamente, por supuesto.

—¡Já, já, já! ¡Qué maturrango! —se mofó el felino, mientras el pícaro Zorro cubríase la cara fingiendo una gran vergüenza por su fracaso. Ahora le toca a usted, pulpero. Permítame que yo lo ate.

Dejóle hacer el Tatú y después arrojó el lazo con notable destreza, apresando por los cuernos al animal elegido e introduciéndose, rápido como el rayo, en una cueva, cerca de la cual se colocara ex profeso, para aferrar en su fondo las poderosas uñas y así aguantar mejor el cimbronazo.

—¡Bravo! —exclamó el Overo, entusiasmado. ¡Ahora me toca a mí, señores!

Eligió para su proeza un fornido novillo colorado, ciñóse el cuerpo con dos vueltas de lazo y de inmediato ejecutó el correspondiente tiro, con tanta habilidad como el Tatú.

—¡Abajajá —gritó Juan, revoleando su poncho en dirección al novillo, apenas vio que el lazo se cerraba sobre los cuernos de éste.

Bufó espantado el chúcaro animal y echó a correr campo afuera, arrastrando tras sí al Tigre, que en vano hundía las garras en el suelo procurando afirmarse. Y así lo llevó dando tumbos por lomas y quebradas, hasta que al fin la cabeza del felino chocó violentamente contra una piedra enorme, de ríspidas aristas, y a pesar de la dureza que la caracterizaba partióse al medio igual que una sandía.

Cuando el pago se enteró de la trágica muerte del Overo, todos los animales, sintiéndose liberados de su férula cruel e ignominiosa, acudieron en masa a felicitar a Juan, colmándolo de honores y regalos. Poco después, constituidos en solemne asamblea, le confirieron el honroso título de Libertador Popular, declarándolo al mismo tiempo, por aclamación, Primer Ciudadano y Miembro Benemérito de la Colectividad.

Pero cuenta la tradición que Juan se aburrió pronto de la vida sedentaria, cómoda y regalada, que el agradecido vecindario le brindaba desde entonces.

Y un buen día, impelido otra vez por su espíritu aventurero e inquieto, marchóse para siempre de aquel pago a lomos de su Ñandú, en busca de nuevos riesgos y nuevas luchas donde poder reencontrarle sentido a la existencia.

I N D I C E

	Pág.
I — La partida	3
II — La codicia rompe el saco	5
III — Un fallo salomónico	8
IV — Las gallinas del Aguila	10
V — La laguna asombrada	13
VI — Entra en escena el Tigre	16
VII — Las elecciones	20
VIII — El ciclón	24
IX — Por hacerle caso al Cuervo	26
X — Un pájaro nunca visto	29
XI — La piedra inclinada	32
XII — De los yuyos a la cola	35
XIII — Lo que en este mundo se hace...	37
XIV — Otra deuda saldada	40
XV — La miel de caña	42
XVI — Juan "inventa" otro ciclón	45
XVII — Por querer meterse a pájaro	48
XVIII — La Gallina mágica	51
XIX — Una Oveja carnívora	54
XX — El espejo salvador	57
XXI — La reconciliación	61
XXII — La carrera	64
XXIII — La riña	67
XXIV — La payada	70
XXV — La serenata	73
XXVI — La muerte del Tigre	76

